



Ramón de Campoamor

Humoradas; cantares y fábulas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Ramón de Campoamor

Humoradas; cantares y fábulas

Al Señor don Marcelino Menéndez Pelayo

- I -

Ahora que mi queridísimo compañero el sabio por antonomasia, Sr. Menéndez Pelayo, escribe los fundamentos de una estética ideológica, le dedico estas Humoradas, porque, además de satisfacer con esto un sentimiento de mi corazón, tengo el egoísmo de creer que en esta ocasión me defienda, si lo halla justo, de los censores apasionados que de seguro aparecerán, como aparecen siempre que yo me permito poner título nuevo a alguna de mis obras.

Soy el hombre menos afortunado de la tierra paria bautizar géneros literarios. Cuando publiqué las Doloras, el nombre pareció demasiado neológico. Salieron a luz los Pequeños poemas, y el título fue muy censurado por razones que nunca he comprendido. El nombre de Humoradas, ¿parecerá también poco propio?

¿Qué es humorada? Un rasgo intencionado. ¿Y dolora? Una humorada convertida en drama. ¿Y pequeño poema? Una dolora amplificada. De todo esto se deduce que mi modo de pensar será malo, pero, como ya dije alguna otra vez, no se me podrá negar que por lo menos es lógico.

- II -

Y como yo nunca quiero ocultar mis pretensiones, aunque estén impregnadas de un poco de orgullo, pasión que tanto detesto, debo decir que, en vez de quemarlas, he recogido estas fruslerías poéticas, para completar con ellas un sistema de poesía que abrace desde el pensamiento aislado hasta el poema. Será imposible que ningún autor de segundas intenciones escriba nada que no esté comprendido en el círculo poético que acabo de cerrar con estas ideas volanderas. Es verdad que, además de este círculo poético de carácter puramente psicológico, hay otro, enteramente contrario, que se limita a hacer sobre los asuntos apreciaciones de naturaleza exclusivamente física. Considerados en su esencialidad, no hay más que dos géneros de poesía en el mundo, que son el de mas acá y el de más allá, de las cosas.

Yo sé bien que quedan fuera de este círculo poético que yo prefiero, producciones admiradas que encantan a muchas gentes por su misma objetivación e infecundidad. Pero yo, que admito, aunque sin entusiasmo, el género que ve en la forma, no el continente, sino

el contenido del arte, pido un poco de tolerancia para el que pretende que a la sencillez en la forma se una un poco de malicia en el fondo.

Respeto la admiración que a algunos les produce en las obras de ingenio la delimitación empírica de esas líneas que pueden ser comprendidas por los sentidos corporales del tacto y de la vista, con tal que me permitan reservar mi gusto especial por las reverberaciones que iluminan las sinuosidades del corazón humano y los horizontes que caen del otro lado de la vida material.

Uno de los economistas contemporáneos más notables ha escrito un artículo muy filosófico titulado: Lo que se ve y lo que no se ve. Este título, mejor que aplicado al comercio de las habichuelas, se podía relacionar con los sistemas poéticos, el viejo y el nuevo; el viejo, que se puede llamar el de lo que se ve; y el nuevo, que lo llamaremos el de lo que no se ve. El viejo no necesita explicación: el nuevo consiste en ver intuitivamente lo que no se alcanza a primera vista, en hacer notar al lector el punto en que las ideas iluminan los hechos, mostrándole el camino que conduce de lo material a lo ultraideal.

No me explico por qué, muchos lectores prefieren en el arte lo superficial a lo hondo. Y debo confesar, con mortificación de mi amor propio, que hasta genios que han solido ver la inmensidad en el átomo, son refractarios a dejar transparentar en sus producciones las vistas que dan a la región de lo indefinido.

- III -

A un gran poeta extranjero no le pudo hacer comprender mi amigo el Sr. D. Eugenio de Ochoa lo que era una dolora. Extrañándolo yo mucho, decía el Sr. Castelar que, dadas las cualidades del insigne escritor, él se lo explicaba perfectamente. Otros dos grandes poetas españoles se empeñaron en no querer entender lo que eran doloras, y lo consiguieron. Cuando se publicaron las primeras, sometiéndolas a las reglas, de una retórica convenida, y en la cual yo nunca he podido convenir, las fueron dividiendo en epigramas, letrillas, epitafios, etc. Estos inmortales distraídos clasificaron las doloras por su contextura externa, sin fijarse en el lazo interno común que las unía en el fondo, que era la intencionalidad.

En el actual momento histórico, ya verá el lector cómo también a estas naderías casi epigráficas, todos los retóricos retrospectivos las llaman pareados, cuartetos o quintetos, y acaso, acaso, sólo aleluyas; y, sin fijarse en su carácter intrínseco, rechazan el título de Humoradas que yo les doy. Siempre la exterioridad sobreponiéndose a lo esencial. Una dolora puede ser madrigal, epigrama, etc., sin dejar de ser dolora; mientras que no son doloras ninguno de los epigramas y madrigales que conocemos. Lo mismo digo de este nuevo título. Una humorada, sin dejar de serlo, puede estar escrita en un pareado, o en un cuarteto, pero no son humoradas la mayor parte de los cuartetos y pareados que se han escrito hasta ahora.

Pero yo, que tengo el honor de dedicar este librito al Sr. Menéndez Pelayo, a imitación suya voy, a propósito de estas humoradas, a escribir también un poco de estética transcendental.

- IV -

No quisiera que el lector, al hallarse con estas bagatelas escritas para los álbumes y los abanicos de mis amigas, o recogidas de los retazos sobrantes de doloras y poemas, creyese que las he coleccionado como cosas dignas de ver la luz pública.

Las he reunido coleccionándolas hoy con las que he publicado hace tiempo con el nombre de Cantares, porque, además de cumplir los deseos de un apreciable editor que me pedía un libro cualquiera, me propongo rehabilitar con esta publicación, en lo que sea posible, esa poesía, ligera unas veces, intencional otras, pero siempre precisa, escultural y corta, que nuestro eminente poeta D. Gaspar Núñez e Arce ha estigmatizado con la expresión desdeñosa de-«Suspirillos líricos, de corte y sabor germánicos, exóticos y amanerados.» Creo que el pensamiento del Sr. Núñez de Arce ha sido mal interpretado, pero el hecho es que desde que él lo ha escrito, ciertos críticos a quienes se les puede calificar de sacristanes de amén, se complacen en llamar «suspirillos germánicos» a toda composición que no se estira hasta ensuciar con las botas la cara de los oyentes. En consecuencia, rebatiendo a los que han entendido mal la expresión de mi ilustre compañero, les diré que esos «suspirillos germánicos» siempre serán los cantos populares de las clases ilustradas.

Esa poesía que algunos llaman lapidaria, es la más propia para que se graben los pensamientos, no sólo en las piedras, sino en las inteligencias.

Hasta que se halla la forma elíptica que las sintetiza, las epopeyas, las tragedias, los poemas y las crónicas son creaciones de una utilidad contestada y de una pesadez incontestable.

Una décima de Calderón y unas cuantas frases de Shakespeare suelen ser el resumen de todo su modo de pensar y de sentir. Borrada esta décima y estas frases, y desterraréis del comercio de la vida las grandes epopeyas que más conmueven el corazón y la cabeza de los que sienten y piensan.

Como desgastan los ríos las piedras de su fondo, la marcha del tiempo oxida, descomponiéndolos, los pensamientos de los grandes monumentos literarios, unos por insustanciales, otro por anacrónicos, estos por demasiado solariegos, y aquellos por poco característicos; sólo va dejando, como ruinas imperecederas de las babilonias artísticas, rápidas inscripciones, relámpagos de ideas, que parecen ecos de las palpitations del corazón humano.

- V -

Pero volviendo al asunto principal, me preguntará alguno: ¿Por qué a esas poesías cortas, tristes, risueñas, galantes o satíricas, se las llama humoradas? Porque en la mayor parte de esas expansiones de genio abierto, que el vulgo, suele llamar salidas de tono, prepondera la tendencia cómico-sentimental que se entiende por humorismo.

Llamo humoradas a los pensamientos adolorados, que, por carecer de forma dramática, no se deben incluir entre las doloras.

Y ¿qué es humorismo?

Una crítica inconsiderada que cruza a campo traviesa los dominios de la literatura sin el freno de la correspondiente instrucción, a fuerza de oírlo repetir ha adquirido la costumbre de llamarme escéptico, sin tener en cuenta que el escéptico, ya subjetivo, ya adjetivo, ya absoluto, es el que tiene la duda por sistema, y que, yo, bien avenido con la vida real, creo en lo único en que se debe creer, que es en las ideas. ¿Qué noción tendrán estos clasificadores de lo que es escepticismo? ¿Me llaman escéptico por que yo me suelo reír de cosas que ellos creen que son de llorar? Esto de reírse del dolor propio y del ajeno, más bien se podría llamar estoicismo. Pero como no quiero enfadarme mucho con estos clasificadores que cogen la ciencia al oído, porque sé que es muy común confundir el escepticismo con el humorismo, y el humorismo con la excentricidad, les diré que es el colmo de la injusticia llamar escéptico a un espiritualista tan exagerado como yo, que cree que lo que hay más natural en el mundo es lo sobrenatural.

Si el excepticismo no cree en lo que dice, el humorismo se ríe de lo que cree, no dejando de creer nada de lo que dice.

¿Qué es humorismo? La composición de situaciones, de ideas, actos o pasiones encontradas. La posición de las cosas en situación antitética suele hacer reír con tristeza.

César tapando con sus cenizas el hueco de una pared, y Don Quijote volviendo a su casa molido a palos por defender sus ideales, mientras su ama y su sobrina, representantes del sentido común, lo reciben cómodamente comiendo pan candeal y haciendo calceta, son dos rasgos de humorismo que, además de hacer reír, llenan los ojos de lágrimas.

La frase buen humor, genuinamente española, ha creado un género literario que es sólo peculiar de los ingleses y de los españoles, y en el que, mezclando lo alegre con lo trágico, forma un tejido de luz y sombra a través del cual se ven en perspectiva flageladas las grandezas y santificadas las miserias, produciendo esta mezcla del llanto y de la risa una sobreexcitación nerviosa de un encanto indefinible.

El humorismo francés es satírico, el italiano burlesco, y el alemán elegíaco. Sólo Cervantes y Shakespeare son los dos tipos del verdadero humorismo, serio, ingenuo y candoroso.

Se ha dicho que la burla es la retórica del diablo.

Y, efectivamente, debe haber en este género literario algo de intelectual y encantadoramente diabólico, porque los escritores humoristas tienen sobre los exclusivamente serios y los totalmente alegres una superioridad de miras incontestable; pues cuando un escritor sólo se propone hacer reír mucho, suele acabar por hacerse risible, así como cuando un hombre por demasiado serio es tonto, es tonto de veras. No hay duda que el humorismo, que es un carnaval reentrante en la cuaresma, parece que domina los asuntos desde más altura, y que se hace superior a nuestras ambiciones y a nuestras finalidades, pintando a la locura con toga de magistrado, y a la muerte con gorra de cascabeles.

El talento que alegre y tristemente ve en lo pequeño la imagen de lo grande, y en lo grande el trasunto de lo pequeño, es el titiritero que al son de su tamboril hace bailar grotescamente a todas las pequeñas y grandes figuras humanas, como si fuesen muñecos de resorte; es el tipo, que, según una frase vulgar, es capaz «de hacer burla de un entierro;» el inventor, en fin, de la filosófica danza macabra, ese baile de candil dado en los infiernos, y al cual asisten, presididos por la muerte, reyes con gregüescos de payasos, bufones con tiaras, y papas con miriñaques.

Sí, como dice Cervantes, el hacer reír es de grandes ingenios, el hacer reír y llorar al mismo tiempo es un don excepcional que sólo ha concedido Dios a él y a Shakespeare, los dos grandes pensadores más humorísticos del mundo.

Y dejo este asunto, sólo indicado por mí, para que el Sr. Menéndez Pelayo acabe de decirnos con su profundo saber lo que es humorismo, esa alegría unas veces enternecedora y otra siniestra; esa espada de dos filos que lo mismo mata a los hombres que a las instituciones; ese gran ridículo que convierte en polichinelas a los héroes mirándolos desde la altura del supremo desprecio de las cosas.

- VI -

Pero me he distraído, y veo que para unas producciones tan homeopáticas como estas mías, el lector dirá con razón que he escrito una dedicatoria muy pretenciosa y demasiado larga. Por eso, arrepentido de ser tan hablador, concluyo diciendo que, aceptando la definición que da el diccionario de la lengua castellana de la palabra frase, diciendo -«que es una locución enérgica con que se significa más de lo que se expresa»- insisto en creer que las poesías de forma condensada son más apreciables, por la dificultad de tener que decir en ellas más de lo que se expresa. El trascendentalismo en el arte consiste en estas vistas a lo infinito que entreabren las frases cortas de algunos autores de arranques proféticos. No me puedo consolar del tiempo que pierden algunos lectores devorando a autores insustanciales que, al ocuparse en lo particular, jamás dejan entre renglones sobreentendido lo general.

Pero mi guerra declarada al género ampuloso y superficial veo que me vuelve a distraer haciéndome gárrulo, machacón y acaso injusto.

El arte en general, y la poesía en particular, ganan en intención lo que pierden en extensión. Suprimid algunas frases inspiradas de la historia, y las guerras de la antigua Grecia quedarán reducidas a unos pequeños altercados de patanes de lugar, y la revolución francesa a una orgía de caníbales.

El ingenioso escritor D. Felipe Picatoste ha escrito un libro, tan ameno como profundo, sobre las frases célebres, y en él ha probado de una manera evidente que es una tendencia del espíritu humano la de ir condensando los pensamientos, desde los poemas hasta los refranes, y desde los refranes hasta las frases.

No hay nada sublime que no sea breve. Cuando se acabe el mundo, ¿qué quedará de nuestras agitaciones, deseos, esperanzas, ambiciones y temores? Nada, o casi nada. De todas nuestras hablaturías sólo quedarán cuatro frases célebres, hasta que algún Homero

sideral, señalando con el dedo el vacío que deje el mundo en el espacio, reduzca las cuatro expresiones que flotarán sobre el lugar del planeta extinto, a una sola frase parecida a ésta: «¡allí fue Troya!»

Campoamor.

Humoradas
Primera parte

- I -

La niña es la mujer que respetarnos,
y la mujer la niña que engañamos.

- II -

Según creen los amantes,
las flores valen más que los diamantes;
mas ven que al extinguirse los amores,
valen más los diamantes que las flores.

- III -

Al pintarte el amor que por ti siento,
suelo mentir, pero no sé que miento.

- IV -

Te sueles confesar con tu conciencia,
y te absuelves después sin penitencia.

- V -

Algún día, a pesar de tus encantos,
te matará otro a ti cual tú me matas,
que, en materia de ingratos y de ingratas,
venimos a salir tantas a tantos.

- VI -

Ser fiel, siempre que quieres, es tu lema;
pero tú ¿quieres siempre? He aquí el problema.

- VII -

Aunque el amor suele morir de hartura,
lo que nunca se hastía es la ternura.

- VIII -

No te ablandes oyendo sus acentos,
que el diablo en ocasiones
acalora los buenos sentimientos
para hacer cometer malas acciones.

- IX -

Aunque tú por modestia no lo creas,
las flores en tu sien parecen feas.

- X -

Todo en amor es triste;
mas, triste y todo, es lo mejor que existe.

- XI -

Hay quien pasa la vida
en ese eterno juego
de hacer caer a la mujer, y luego
rehabilitar a la mujer caída.

- XII -

Te vas a confesar, y el cura dice
que a ti, en vez de absolverte, te bendice.

- XIII -

Si la codicia de pedir es mucha,
el hombre reza, pero Dios no escucha.

- XIV -

El amor es un himno permanente
que, después que enmudece el que lo canta,
otra nueva garganta
lo vuelve a repetir eternamente.

- XV -

Miré... pero no he visto en parte alguna
ir del brazo la dicha y la fortuna.

- XVI -

Cual todas, tú pretendes como Elena,
ser amada por bella y no por buena.

- XVII -

Ese ilustre mortal lleno de hastío,
era pobre al nacer; mas rico ahora,
mirando a su palacio, siente frío;
¡cuando se acuerda de su choza, llora!

- XVIII -

Te vi una sola vez, pero mi mente
te estará contemplando eternamente.

- XIX -

Purifica el olor de la opulencia
cuando huele a tomillo la indigencia.

- XX -

Tengo, Amalia, un secreto aquí escondido
que me hará enloquecer.
Escúchale... más cerca... así... al oído...
- «Aunque soy ya tan viejo, has de saber...»

- XXI -

Es tu historia en mi vida entremezclada
una sombra en la sombra condensada.

- XXII -

Cuando oigo tus acentos
se vuelven mis ideas sentimientos.

- XXIII -

Te casaste y... ¿lo ves? Ya te decía
que no iguala al afán con que se ansía

la dicha que se alcanza;
por ardiente que sea la esperanza,
al convertirla en realidad es fría.

- XXIV -

Si no quieres tu paz ver alterada,
cree mucho en Dios, y en las mujeres nada.

- XXV -

¿Por qué amé a aquella pérfida? Lo ignoro;
la esperanza es infiel, y yo la adoro.

- XXVI -

Tu discreción es tanta,
que en ti, lo menos bello, es lo que encanta.

- XXVII -

Al decirte hoy adiós, Hortensia mía,
permite a mi amistad que te declaro
que, como el hijo de Sión decía:
«De mí me olvide yo, si te olvidare.»

- XXVIII -

La música es el cielo prometido;
cuando un pintor retrata a un elegido,
lo envuelve en nubes de oro,
y lo pinta subiendo embebecido
oyendo de los ángeles el coro.

- XXIX -

Más que cuestión de suelo
es la mujer una cuestión de cielo.

- XXX -

Vive niña, advertida,
que el que ama tiene cerca la locura,
y que acaba muy pronto con la vida
la fuerza de una idea en calentura.

- XXXI -

¡Qué formas de belleza soberana
modela Dios en la escultura humana!

- XXXII -

No puedo ver con ánimo sereno,
Borjas, cual tú, tan puras y apacibles;
pues juzgo, como hay Dios, menos temibles
las Borjas del puñal y del veneno.

- XXXIII -

Resígnate a morir, viejo amor mío;
no se hace atrás un río,
ni vuelve a ser presente lo pasado.
Y no hay nada más frío
que el cráter de un volcán, si está apagado.

- XXXIV -

Es la fea graciosa
mil veces más terrible que una hermosa.

- XXXV -

Se matan los humanos
en implacable guerra
por la gloria de ser, en mar y en tierra,
devorados por peces y gusanos.

- XXXVI -

Se asombra con muchísima inocencia
de cosas que aprendió por experiencia.

- XXXVII -

Como todo es igual, siempre he tenido
un pesar verdadero
por el tiempo precioso que he perdido
por no haber conocido
que el que ve un corazón ve el mundo entero.

- XXXVIII -

¡Belén! para el amor no hay imposibles.

Lo mismo que las palmas,
a veces nuestras almas
se encarnan a distancias increíbles.

- XXXIX -

Te morías por él, pero es lo cierto
que pasó tiempo y tiempo, y no te has muerto.

- XL -

La desgracia es precisa
para grabar los hechos de la historia;
o se escribe con sangre nuestra gloria,
o la borra al pasar cualquiera brisa.

- XLI -

Ya no leo ni escribo más historia
que ver a mi niñez con mi memoria.

- XLII -

No insultes el pudor en mi presencia
porque sabes reír con inocencia;
porque si no mi intrépida mirada
te dejará clavada
en la trémula cruz de tu conciencia.

- XLIII -

Bien merezco, Mariana, la fortuna
de escribir en este álbum el primero,
porque sin duda alguna
soy el que más y el que mejor te quiero.

- XLIV -

A todo ser creado
le gusta, como a Dios, ser muy amado.

- XLV -

Procura hacer, para apoyar la frente,
un blando cabezal de la conciencia.
Para poder dormir tranquilamente
no hay un opio mejor que la inocencia.

- XLVI -

Sé firme en esperar, que de este modo
algo le llega al que lo espera todo.

- XLVII -

El amor a los niños y a las flores
son amores tan dignos de los cielos,
que son tal vez los únicos amores
que nunca dan a los amantes celos.

- XLVIII -

Al campo voy como a mi hogar primero,
pues, al ir desde el valle hasta el otero,
de distancia en distancia
el olor a tomillo y a romero
me recuerdan las dichas de mi infancia.

- XLIX -

Le eres fiel, mas ya cuenta cierta historia
que entre él y tú se acuesta otra memoria.

- L -

¡Necio soy! Con inútiles medidas.
te quise sorprender, mas tú eres de esas
que para ser de pronto sorprendidas
se preparan con tiempo las sorpresas.

- LI -

Poniéndose y quitándose alfileres
hacen sitios de Troya las mujeres.

- LII -

Los mortales son siempre los mortales;
y en el mar y en la tierra, cerca o lejos,
los juegos de los niños son iguales,
como lo son los sueños de los viejos.

- LIII -

Se jura amar una existencia entera,
y en un día no más se ama y se olvida.
Y ¿cómo remediarlo? Así es la vida,
y jamás ha de ser de otra manera.

- LIV -

¡Igualdad y miseria! Como todo,
cuando Dios creó el sol, lo hizo de lodo.

- LV -

Egoísta y falaz, siempre he creído
que el velo te pondrás de desposada
tan pura como el día en que has nacido;
mas pura, con el alma desflorada.

- LVI -

Conocerás, lector, por tu conciencia,
que allí donde hay amor no hay inocencia.

- LVII -

Deja que mi ternura
te cuente mis amores,
porque soy, cuando miro tu hermosura,
un árbol carcomido que echa flores.

- LVIII -

¿Qué es de tu amor? No sé. Le di mi mano
a aquel objeto de las ansias mías,
pero a los pocos días
dejó de ser mi esposo, y pasó a hermano.

- LIX -

Se oye a los seres que nos son queridos
poniendo hasta en los ojos los oídos.

- LX -

Háblame más... y más... Que tus acentos
me saquen de este abismo;
el día en que no salga de mí mismo
se me van a comer los pensamientos.

- LXI -

La amé el año pasado,
y ya hace un siglo o dos que la he olvidado.

- LXII -

Aunque te admiro tanto,
perdona, Clara Lengo,
si, temiendo afligirte, no te canto,
porque a la edad que tengo
lo que empieza en canción acaba en llanto.

- LXIII -

En lo ideal mecida,
el llamarte a las cosas de la vida
es inútil empeño;
para ti el despertar o estar dormida
es dejar el delirio por el sueño.

- LXIV -

Sé que al morir para alcanzar la gloria.
limpió su corazón de tu memoria.

- LXV -

Alegría y tristeza
suelen ser un error de perspectiva,
sobre todo al juntarse en la cabeza
con los sueños de abajo los de arriba.

- LXVI -

Hay quien es, aunque alegre y casquivana,
por cálculo más casta que Diana.

- LXVII -

Ten siempre con un manto
velados tus encantos pudorosos,
porque en cosas de encantos misteriosos,
perdido ya el misterio, ¡adiós encanto!

- LXVIII -

Conforme el hombre avanza
de la vida en el áspero camino,
lleva siempre a su lado la esperanza,
mas tiene siempre enfrente a su destino.

- LXIX -

Ya sé, ya sé que con formal empeño
soñaste en resistir; pero fue un sueño.

- LXX -

Renovando mis tiernas emociones,
me han probado tus quince primaveras
que son nuestras postreras ilusiones
iguales en frescura a las primeras.

- LXXI -

Como oye hablar del hecho hasta el abuso,
llama un cura al amor el vicio al uso.

- LXXII -

Preguntas ¿qué es amor? Es un deseo,
en parte terrenal y en parte santo:
lo que no sé expresar cuando te canto,
lo que yo sé sentir cuando te veo.

- LXXIII -

Al dar este abanico aire al semblante,
tal vez pueda templar, Eugenia mía,
esa alma delirante
que no tuvo en la vida un sólo amante
ni vivió sin amar un sólo día.

- LXXIV -

Jamás mujer alguna
ha salido del todo de la cuna.

- LXXV -

Recibe, hermosa Gloria,
este retrato mío;

tú has dejado en mi vida una memoria
más blanca que la estela de un navío.

- LXXVI -

¿Qué placer hay tras el amor primero?
La devoción, que es nuestro amor postrero.

- LXXVII -

Busca en todo rivales tu mirada
y recuerdan tus celos
un marino en el mar con sus gemelos
que siempre está mirando, y no ve nada.

- LXXVIII -

La amo poco, es verdad. Mi alma rendida,
¿a quién dirás que adora?
A la muerte, la sola poseedora
de todos los descansos de la vida.

- LXXIX -

El amor que más quiere,
como no viva en la abstinencia, muere.

- LXXX -

La conciencia al final de nuestra vida
sólo es un laberinto sin salida.

- LXXXI -

Deja que miren mi vejez cansada
esos ojos risueños,
pues echa, sin quererlo, tu mirada
un revoque al palacio de mis sueños.

- LXXXII -

Aunque es la infiel más pecadora que Eva,
no se preocupa de ello,
pues cree que ha de ir al cielo porque lleva
la Virgen del Pilar colgada al cuello.

- LXXXIII -

Las almas muy sinceras,
confundiendo mentiras y verdades,
después que hacen de sueños realidades
elevan realidades a quimeras.

- LXXXIV -

Ayer le enajenabas con tu acento,
pero hoy ya le constipas con tu aliento.

- LXXXV -

La gloria vale poco ante la historia;
pero ¿vale algo más lo que no es gloria?

- LXXXVI -

Le dieron una flor, y ahora nos cuenta
que su alma enamorada
tan sólo se alimenta
del olor de una rosa disecada.

- LXXXVII -

Me suelo preguntar de dudas lleno:
-¿Son mejores los buenos, o los justos?
Y la elección va en gustos;
yo doy todos los justos por un bueno.

- LXXXVIII -

Sabiendo mi virtud ¿por qué te extraña
que me encuentre a mi edad alegre y sano?
De remiendo en remiendo una cabaña
vive más que Pompeya y Herculano.

- LXXXIX -

En cuanto a castidad todo la espanta;
ve un espejo y se oculta la garganta.

- XC -

Teme a las ilusiones,
que es peor la ilusión que las pasiones.

- XCI -

¡Sufre, sufre, traidora que abomino!
Tu vida, al lado de él, es un camino
que conduce al infierno.
¡Ya ves que muchas veces el destino
adelanta los juicios del Eterno!

- XCII -

Las Gracias fueron tres sin duda alguna;
pero desde hoy, el que lo diga, miente.
Las Gracias eran tres antiguamente:
después que ésta nació, ya no hay más que una.

- XCIII -

Tiene este abanico el don
de dar al viento ligero
todo acento de pasión.
Por eso oculto un «te quiero»
que siento en mi corazón.

- XCIV -

Una sola mirada, si no es pura,
en mujer a una niña transfigura.

- XCV -

Mártir en lo pasado, ya inclemente
aspira a ser verdugo en lo presente.

- XCVI -

¡Falsa! Al hablarme, una ilación extraña
me trae a la memoria
que a mí sólo me engaña
cuando me dice la verdad, la historia.

- XCVII -

¡Ay! Como el cielo te ha dado
gracia, juventud y amor,
cuando te veo a mi lado
parece que Dios ya ha echado
sobre mi tumba una flor.

- XCVIII -

Tal vez hallar consiga
a mis grandes errores un consuelo,
viendo que a veces, por bondad del cielo,
el rayo que va a un rey, da en una hormiga.

- XCIX -

He amado a esa mujer de tal manera,
que no me volví loco, porque lo era.

- C -

¡Qué bien has aprendido en tu provecho,
que ser mala es un cálculo mal hecho!

- CI -

¿Es sueño o realidad lo que he vivido?
No lo sé, pues, yo que hablo, no estoy cierto
si al juzgarme despierto estoy dormido,
o al creerme dormido estoy despierto.

- CII -

Siempre es para vosotras peligroso
un ánimo aguerrido
y un uniforme hermoso;
el fausto militar ¡sexo precioso!
siempre ha sido y será tu prometido.

- CIII -

Yo suelo con tu nombre, niña hermosa,
por más que el curso de mi edad avanza,
hacer mi alma dichosa.
¡Sabe tan bien el pan de la esperanza,
que ya no me alimento de otra cosa!

- CIV -

Tus ojos, con que el alma nos sondeas,
son dos soles que alumbran con ideas.

- CV -

En novelas de amor el sentimiento
tiende a empezar por el final del cuento.

- CVI -

No le gusta el placer sin violencia;
y por eso ya cree la desgraciada
que ni es pasión ni es nada
el amor que no turba la conciencia.

- CVII -

Tan grande es tu virtud, que estoy seguro
que es verdad lo que dicen muchas gentes,
que a fuerza de ser puro
se mueren con tu aliento las serpientes.

- CVIII -

Aspiré a verte un día,
pero después de verte,
como dijo Jesús, Dolores mía,
«mi alma quedó triste hasta la muerte.»

- CIX -

¡Feliz si en tu semblante aún ve tu esposo,
la materia en estado luminoso!

- CX -

¿Por qué se olvidaría la Escritura
de hablarnos de los tristes por hartura?

- CXI -

Al darme la postrera despedida,
me lanzó una mirada
que en el pecho clavada
la llevé todo el resto de mi vida.

- CXII -

¡Es un sueño de amor su triste historia!
Nació, fue amable, candorosa y bella;

amó, reinó, murió, se abrió la gloria
entró, y el cielo se cerró tras ella.

- CXIII -

Lleva el bien del palacio a la cabaña
cual la inmortal Santa Isabel de Hungría;
y, puesta en los altares, algún día
la llamarán Santa Isabel de España.

- CXIV -

Hay seres con el alma más pesada
que el barro vil sobre que va encarnada.

- CXV -

Te sobra corazón, y, siempre amante
aplicas a otras cosas el sobrante.

- CXVI -

Dejando al tiempo que ande
y viviendo en un éxtasis risueño,
como decía Calderón el Grande,
voy tomando la vida como un sueño.

- CXVII -

No hay mujer que no sea,
al huir de algún hombre, Galatea.

- CXVIII -

Merced a tus encantos sobrehumanos
no pueden retratarte los Pintores,
porque, al ver de tu cara los primores,
el pincel se les cae de las manos.

- CXIX -

Odiando el matrimonio
¿te casas? Pues mejor para el demonio.

- CXX -

Cuanta es mayor por ti mi idolatría

tanto más admirarte necesito,
pues halla al contemplarte el alma mía,
cuando escucha tu acento, la alegría;
Cuando mira a tus ojos, lo infinito.

- CXXI -

Quise un día pintarte en mi embeleso
Blanca, este fuego que en mis venas arde,
mas callé, porque vi que para eso
o yo nací muy pronto o tú muy tarde.

- CXII -

Con tal que yo lo crea,
¿qué importa que lo cierto no lo sea?

- CXXIII -

No llores y hazte cargo
que esa prenda querida
al dejar esta vida
pasó de un sueño corto a un sueño largo.

- CXXIV -

¡Dichoso ser! Muere con el consuelo
de pensar que morir es ir al cielo!

- CXXV -

¿Pues no quiere que crea
que vio en Valencia una hortelana fea?

- CXXVI -

Ahora que a hablar de su virtud comienza
yo me cubro el semblante,
porque me da vergüenza
de pensar lo que pienso en este instante.

- CXXVII -

Nos da la Iglesia el inmortal consuelo,
de que el bueno al morir nace en el cielo.

- CXXVIII -

Convirtiendo en virtud la hipocresía
y ajustando las leyes a su gusto,
como muchos fanáticos de hoy día
para ser más bribón finge ser justo.

- CXXIX -

Mientras de unirme a ti se acerca el día,
tu amor recuerdo y tu virtud imito;
tu virtud que era inmensa, madre mía,
y tu amor maternal, que era infinito.

- CXXX -

La que ama un ideal, y sube... y sube...
suele morir ahorcada de una nube.

- CXXXI -

Pues que tanto te admira
el saber de los viejos,
voy a darte el mejor de los consejos:
Cree sólo esta verdad: «Todo es mentira.»

- CXXXII -

Para él la simetría es la belleza
aunque corte a las cosas la cabeza.

- CXXXIII -

Odia esa ciencia material que enseña
que el que muere es feliz, duerme y no sueña.

- CXXXIV -

No olvides que a Dios plugo
curar con un deseo otro deseo.
Mata el verdugo al reo,
y al verdugo después otro verdugo.

- CXXXV -

Es mi fe tan cumplida,
que adoro a Dios, aunque me dio la vida.

- CXXXVI -

El corazón hacia los veinte abriles
suele creer con el más vivo anhelo
que es dueño universal de esos pensiles
cerrados por la bóveda del cielo.

- CXXXVII -

Odio a esa infiel; mas durarán mis sañas
hasta el día feliz en que me llame,
pues cuando toca a ellas esa infame,
siempre le abren las puertas mis entrañas.

- CXXXVIII -

Nunca tendrán utilidad alguna
sin el amor, la ciencia y la fortuna.

- CXXXIX -

Como te amaba tanto,
el curso se torció de mi destino,
pues iba para santo
y después que te vi perdí el camino.

- CXL -

Una vieja muy fea me decía:
«En cuanto a la virtud, creo en la mía.»

- CXLI -

Yo creo al contemplarte tan hermosa
que hasta serías en Atenas diosa.

- CXLII -

Toda cosa es nacida
para tener un trágico destino,
y girar y girar en remolino
en torno del sepulcro: ésta es la vida.

- CXLIII -

Como los quieras complacer a tantos,
a millares tendrás los desencantos.

- CXLIV -

¡Cuántas horas felices y tranquilas
pasará de ti enfrente
el que pueda vivir eternamente
asomado al balcón de tus pupilas!

- CXLV -

Mientras ya me dan pena
el oro y los diamantes,
envidio esos instantes
en que van, agachándose en la arena,
a coger caracoles dos amantes.

- CXLVI -

¡Feliz quien como un canto del camino
se deja ir y venir por el destino!

- CXLVII -

Eres, Julia, tan bella, que estoy cierto
que ve en tu rostro el que a tu lado pasa
el manantial que Agar vió en el desierto
cuando fue despedida de su casa.

- CXLVIII -

Toda mujer en el amor postrero
se rebaja cada año un año entero.

- CXLIX -

Ésa fue tan coqueta, tan coqueta,
que era, excepto en matarse, una Julieta.

- CL -

No hay experiencia ni saber que impida
el tener desengaños;
yo haré pronto cien años
y no he hecho más que errar toda mi vida.

- CLI -

Cual la hormiga, juntamos el dinero,

y luego... esparce Dios el hormiguero.

- CLII -

De la mujer, cual tú, que nada espera,
amando a falta de hombres cualquier cosa,
como el ave simbólica y famosa
el propio corazón arde en su hoguera.

- CLIII -

Si en amar soy prudente,
es porque, escarmentado,
para obrar con cordura en lo presente
tengo puesto un oído en lo pasado.

- CLIV -

Es buena, pues se duerme como un leño,
y al irse la virtud se lleva el sueño.

- CLV -

Fue causa de mis muchos desencantos
una asceta instruida
que aprendió por la vida de los santos
las cosas menos santas de la vida.

- CLVI -

¡Quién de su pecho desterrar pudiera
la duda nuestra eterna compañera!

- CLVII -

Tu amor ardiente y tierno
es tan puro además, que será eterno.

- CLVIII -

Sólo la edad me explica con certeza
por qué un alma, constante cual la mía,
escuchando una idéntica armonía
de lo mismo que hoy saca la tristeza
sacaba en otro tiempo la alegría.

- CLIX -

Prohíbeles tu amor con tus desdenes;
sin frutos prohibidos no hay Edenes.

- CLX -

¡Pensando en los adioses de aquel día
en llanto me deshago!
¡No puede describirte el alma mía
los cien siglos de horror de un día aciago!

- CLXI -

Que no pidas, Manuela, te suplico,
a mi edad madrigales ni consejos,
porque sé que detrás del abanico
os burláis las mujeres de los viejos.

- CLXII -

Vas cambiando de amor todos los años,
mas no cambias jamás de desengaños.

- CLXIII -

Si a comprender aspiras
la ciencia de las duras realidades,
hallarás que de todas las verdades
la mitad por lo menos son mentiras.

- CLXIV -

Pinchando a sus rivales
te escribe con la espada madrigales.

- CLXV -

Nunca me hallo sin fausto ni dinero,
porque veo en la sombra lo que quiero.

- CLXVI -

Esa mujer tan bella
fue por mí tan querida,
que alguna vez para morir por ella
tan sólo me faltó perder la vida.

- CLXVII -

El pobre está seguro que su perro
ha de formar su séquito en su entierro.

- CLXVIII -

Aún tengo confianza
de que Dios me dará la fe perdida.
¡Bien haya el que ha inventado la esperanza
que es la muerte el principio de otra vida!

- CLXIX -

Contra esa infiel que con rubor se aleja,
porque un día mató mis esperanzas
tomé la más atroz de las venganzas
dejándola morir de fea y vieja.

- CLXX -

Voy sembrando esperanzas por los vientos
y recojo después remordimientos.

- CLXXI -

Si aunque tierna y vivaz aún eres pura,
no olvides el consejo que te ofrece
esta eterna verdad de la Escritura:
«Todo el que ama el peligro en él perece.»

- CLXXII -

Cuando halla algún buen mozo que le agrada,
¡qué bien se suele hacer la deslumbrada!

- CLXXIII -

Yo sé quien, de una dicha que no alcanza,
va bebiendo en tus ojos la esperanza.

- CLXXIV -

Pocas veces te vi, pero no olvido
que yo te amé como no amó Macías,

y que fue la pasión que te he tenido
un amor inmortal de cuatro días.

- CLXXV -

Por no ser natural, hace cuando ama
de cada paso de comedia un drama.

- CLXXVI -

Cual tú, Mendes Leal, busqué afanado
una gloria fingida,
para saber al fin, desengañado,
que no hay más dicha que ésta en nuestra vida;
nacer, vivir, amar, ser olvidado.

- CLXXVII -

Al mostrar a esta niña encantadora,
suele decir su madre embebecida:
«Aquí tenéis la Aurora
de los días más bellos de mi vida.»

- CLXXVIII -

Si te casas, Inés, ten por seguro
que todo novio es un traidor futuro.

- CLXXIX -

Ya, al pretender ser tierno,
sale del pecho mío
un aliento más frío
que una ráfaga de aire del invierno.

- CLXXX -

La cuna y el altar son dos moradas
donde viven las madres prosternadas.

- CLXXXI -

De esa antigua coqueta la hermosura
las ganas me quitó de hacerme cura.

- CLXXXII -

A todo va la inmensidad unida;
si entre el ser y no ser media un instante,
tiene el punto presente de la vida
un infinito atrás y otro delante.

- CLXXXIII -

A ti, ducha en amor, ya te da risa
una loca de atar como Eloísa.

- CLXXXIV -

¡Oh, Isabel! ¡Cuántas veces a hurtadillas
a través de estas pérfidas varillas,
con tus pupilas de ternura llenas,
a algún hombre feliz, de ti adorado,
lo mirarás apenas
por temor de mirarle demasiado!

- CLXXXV -

Tanto aumenta la gloria su estatura,
que a ese genio gigante
lo llamarán el grande allá en la altura
Shakespeare, Ariosto, Calderón y Dante.

- CLXXXVI -

Aunque ve que la engañan con frecuencia,
no se quiere curar de su inocencia.

- CLXXXVII -

El que sufre, lo mismo que el que adora,

creen que todo en el mundo, o quiere, o llora.

- CLXXXVIII -

Desde que te ha sufrido,
ya no me extraña tanto
que, como Job el santo,
maldiga el hombre el día que ha nacido.

- CLXXXIX -

No rechaces tus sueños, hija mía;
sin la ilusión, el mundo ¿qué sería?

- CXC -

En su primera confesión a Pura
ya no le dio la absolución el cura.

- CXCI -

Ya sabes que aunque tanto te he querido
cuando eras una pobre verdadera,
después que fuiste altiva y heredera
te honré con un desprecio merecido.

- CXCII -

Para una incluso

Si al pasar el umbral de la existencia
ves que no encuentras a tu madre allí,
bendiciendo la causa de su ausencia,
llama a esta puerta y la hallarás aquí.

- CXCIII -

Siempre vuela mi mente
a buscar el Edén de tus amores,
como constantemente
se vuelven hacia el sol algunas flores.

- CXCIV -

¿Quién puede ser dichoso ni en la gloria
si allí existe del mundo la memoria?

- CXCIV -

Las niñas más juiciosas y más puras,
al llegar la razón hacen locuras.

- CXCVI -

Te advierto, ángel caído,
que ya has perdido en la opinión las alas,
y que el olor de santidad que exhalas
ya sólo lo percibe tu marido.

- CXCVII -

¿Me quiere? Le pregunta, y ya la esposa
dice sí, más pensando en otra cosa.

- CXCVIII -

Cayó, y al mes siguiente
ya era un frío deber su amor ardiente.

- CXCIX -

Aunque huir de ella intento
no sé lo que me pasa,
porque yo voy donde me lleva el viento,
y el viento siempre sopla hacia su casa.

- CC -

Agita tu abanico muy aprisa
y verás cómo el céfiro ligero
te cuenta muchas veces, María Luisa,

lo mucho, pero mucho que te quiero.

- CCI -

No pretendas mi cantar
Isabella-Roma oír;
¿por qué quieres ver llorar
hoy que te toca reír?

- CCII -

Es la esencia mejor de la belleza
el olor sin olor de la limpieza.

- CCIII -

Canta el aire en sus trovas misteriosas
las penas y alegrías de las cosas.

- CCIV -

Su padre, que era un topo,
la juzgaba inocente, todavía,
cuando yo averigüé que ya entendía
la moral de las fábulas de Esopo.

- CCV -

Por ser tan instruida
ya entre ella y su niñez media una vida.

- CCVI -

Ama con furia y odia con tal ira,
que clava sus ideas cuando mira.

- CCVII -

A esa ética feliz la va matando
la fiebre que ha cogido

durmiendo horas enteras y soñando
a la sombra del árbol prohibido.

- CCVIII -

¡Oh! ¡Qué cosas tan tiernas te diría,
al contarte, Enriqueta, mis pesares,
si esta alma, que es tan tuya como mía,
estuviese en la edad en que tenía
el ardor del Cantar de los Cantares!

- CCIX -

Espero con gran fe, Pepita bella,
que el hombre fiel que ha de llamarte esposa,
haciéndote dichosa
en ti desmentirá la frase aquella
de -«¡ay infeliz de la que nace hermosa!»

- CCX -

En cuanto al bien y al mal nada hay lejano;
todo se halla al alcance de la mano.

- CCXI -

No escribo versos aquí
porque mi nombre recuerdes,
sino para que te acuerdes
que yo me acuerdo de ti.

- CCXII -

Sensible, débil, religiosa y vana,
eres en todo una verdad humana.

- CCXIII -

Cierra el joyero, Inés, ponte una rosa,
que una bella está bien con cualquier cosa.

- CCXIV -

La que está como tú, Paca adorada,
del arte enamorada,
discurre de este modo:
«La gloria, que no es nada,
sobrevive al dinero, que lo es todo.»

- CCXV -

En materia de flores y de amores,
estoy por los amores y las flores.

- CCXVI -

Teme más al ardor de sus sentidos
y a su propia bondad, que a diez bandidos.

- CCXVII -

La vida es un bostezo continuado,
pues al rico y al pobre, a juicio mío,
les hace bostezar, según su estado,
pobres el hambre, ricos el hastío.

- CCXVIII -

Yo soy un estudiante
que, cuando sé que me aman, sé bastante.

- CCXIX -

Su gracia de ángel pasará a la historia,
pues al ver de su risa los fulgores
la copian encantados los pintores
para hacer las rompientes de la gloria.

- CCXX -

A mis ruegos el céfiro sonoro
contándote estará toda tu vida
lo que dijo un autor a su querida:
«¡Maldito sea yo si no te adoro!»

- CCXXI -

Tu comercio de amor naturalista
no gira más que letras a la vista.

- CCXXII -

Me recuerdan tu ingenio y tu alegría
la primera mujer del alma mía.

- CCXXIII -

¡Cuánta diablura te diría, cuánta,
si tú, en vez de mujer, no fueses santa!

- CCXXIV -

Me atrae tanto el cielo,
que extraño alguna vez cómo no vuelo.

- CCXXV -

Por burlarse tal vez de lo que es santo,
creo que fue el demonio
quien llamó al matrimonio
la noble institución del desencanto.

- CCXXVI -

En guerra y en amor es lo primero
el dinero, el dinero y el dinero.

- CCXXVII -

La más sabia, Rosario, es la que aún

el amor con los bienes de fortuna;
que si el dulce no es malo
ni aun en cuenca de palo,
es natural que sea
servido en copa de oro, miel hiblea.

- CCXXVIII -

Al verte aborrecida,
notarás, recordando cierta cosa,
que a todas nuestras faltas en la vida
las liga una cadena misteriosa.

- CCXXIX -

De una mujer, como Virginia honrada,
lo mejor que hay que hablar es no hablar nada.

- CCXXX -

Imita a aquella nueva Galatea,
pues, al ver que algún hombre la subyuga,
para no ser vencida, siempre emplea
la gran estratagema de la fuga.

- CCXXXI -

Los padres son tan buenos,
que hasta el menos iluso
anhela para yerno un noble ruso,
o un príncipe italiano por lo menos.

- CCXXXII -

La mujer, cuando olvida, es que aún aprecia;
el hombre que perdona, es que desprecia.

- CCXXXIII -

Nuestra alma ve, de admiración suspensa,
que el campo todo al Criador incienca,

y juzga con encanto verdadero
que es una orquesta inmensa
la gran palpitación del mundo entero.

- CCXXXIV -

Tan grande fue, que ante él todo es pequeño,
«un delito el nacer,» «la vida un sueño.»

- CCXXXV -

No temas de mi amor nada imprudente;
sólo se ama a las santas santamente.

- CCXXXVI -

Si como el héroe de la Mancha antaño
realicé por tu amor grandes hazanas,
hoy sentado a la sombra de un castaño,
pensando mucho en ti, como castañas.

- CCXXXVII -

Se casó ayer, y hoy ya por cualquier cosa.
apuesta la cabeza de su esposa.

- CCXXXVIII -

Es tan casta, que ignora de seguro
que hay algo de hez en el amor más puro.

- CCXXXIX -

Después que nos han hecho
viejos la edad y tristes la experiencia,
llevamos dos infiernos en el pecho,
que son el corazón y la conciencia.

- CCXL -

En mí, cada mirada que me lanzas
se deshace en millones de esperanzas.

- CCXLI -

Los terremotos

Si esperamos en Dios con alma honrada,
premiará nuestra fe su providencia.
¿Qué es el temblor de nuestro globo? Nada
al lado del temblor de la conciencia.

- CCXLII -

Colma nuestros deseos,
librando a nuestra patria ¡cielo santo!
de estos días de espanto
en que rezan a solas los ateos.

- CCXLIII -

Aunque el hombre se aterra
al ver temblar bajo sus pies el suelo,
¿quién sabe si en el cielo
será ordenar el trastornar la tierra?

- CCXLIV -

Conmueve de placer nuestras entrañas
el ver que, consolando ajenos males,
va la piedad desde las casas reales
a barrer la miseria a las cabañas.

- CCXLV -

-¿Qué haremos, cuando el cielo
casas y templos con fragor derriba?
-¿Qué haremos, preguntáis, almas de hielo?
¡Tener fe en la justicia de allá arriba!

- CCXLVI -

Debe el bueno sentir que tiembla el suelo
como el justo de Horacio, con firmeza,
y ver también que se desploma el cielo
sin inclinar siquiera la cabeza.

- CCXLVII -

¿Nadie sabe, mortales,
porque, cuarteando el globo, nos castiga
ese gran Dios para quien son iguales
los destinos del hombre y de la hormiga?

- CCXLVIII -

Cuando se abre la tierra estremecida,
el bueno reza, se resigna y muere;
que es el único sabio en esta vida
el que sabe querer lo que Dios quiere.

- CCXLIX -

En cuestiones de amores
soy de los amadores
que, al odio y al amor no interrumpido,
hallan más divertida
esta rueda incesante de la vida:
amor, odio, desprecio y luego olvido.

- CCL -

Porque amaste en tres años a tres hombres,
¿te juzgas una infiel? No, vida mía;
el amor se transforma, y no varía;
un mismo amor puede tener mil nombres.

- CCLI -

¿Por qué quieres saber, Ana querida,
en qué vive mi espíritu ocupado?
Después que mi cariño has despreciado,
me ocupo sólo en despreciar la vida.

- CCLII -

Gracias a ti, he caído
en el horrible estado
de olvidar cuanto puedo lo pasado
y despreciar después cuanto no olvido.

- CCLIII -

Quiero morir contigo, si el destino
nos ha de conducir a aquel infierno
en que unidos en raudo torbellino,
se dan Paolo y Francesca el beso eterno.

- CCLIV -

Cuando yo con el alma te quería,
¿quién presumir pudiera
que a despreciar ¡infame! llegaría
en ti y por ti la humanidad entera?

- CCLV -

No doy los tristes pensamientos míos
por tus sueños ligeros y rosados,
porque, a cráneos vacíos,
prefiero corazones disecados.

- CCLVI -

El amor es un mal, pero es el caso
que siempre será un hecho verdadero
que la pasión que vuelve loco al Tasso,
hace perder el juicio al mundo entero.

- CCLVII -

Te vi una vez, Elía fascinadora,
y amé una eternidad en una hora.

- CCLVIII -

Te abanicas con gracia, y te suplico
que tengas muy en cuenta
que puede levantar un abanico
con el aire más dulce una tormenta.

- CCLIX -

Mueve, por Dios, con tu abanico el viento,
porque sé, niña bella,
que sus brisas, mezcladas con tu aliento,
de nuevo encenderán mi extinta estrella.

- CCLX -

Los muchos que deliran
por esos ojos bellos,
suelen decirnos de ellos
que les oyen hablar cuando nos miran.

- CCLXI -

Yo no sé en qué consiste
que al verte tan feliz me siento triste.

- CCLXII -

Siendo la mala suerte
el único destino que es posible,
como decía el Tasso, fuera horrible
la vida sin el premio de la muerte.

- CCLXIII -

¿Me preguntas, Luz Mont, lo que es dolora?
Es lo que vemos desde el puerto ahora;
mientras resiste un bote al mar bravío,
con el casco al revés se hunde un navío.

- CCLXIV -

Voy a decirte una verdad, y es ésta:
«No vale nuestra vida lo que cuesta.»

- CCLXV -

¡Ay, cuánto te amaría
si hoy fuese el que era cuando Dios quería!

- CCLXVI -

Ya sabrás, como yo, Carmen querida,
que el amor sólo acaba con la vida;
pues con la edad se aumenta
de la pasión la llama,
y a los sesenta se ama
sesenta veces más que a los cuarenta.

- CCLXVII -

¿Dices que te he olvidado?
Amante desleal, pierde cuidado.
Es mi amor tan eterno,
que ya empiezo a temer que, enamorado,
por ir donde tú irás, iré al infierno.

- CCLXVIII -

Emplea tu ternura
más bien en la bondad que en la hermosura.
Sírvate, de gobierno
que es un necio galán, buena figura,
un emplasto vulgar para uso externo.

- CCLXIX -

¡La ocasión! ¡Nadie sabe a dónde lleva
el poder de la sombra de un manzano,
cuando se pone, cual se puso A Eva,
la manzana al alcance de la mano!

- CCLXX -

Lo mismo que hace con los sueños míos,
irá el tiempo robando tus quimeras;
sin más que andar, los ríos
acaban por llevarse las riberas.

- CCLXXI -

En mi duda interior, siempre he admirado
la fe de esos creyentes
que juzgan, inocentes,
que por librar del lodo su calzado,
la Providencia, servicial, ha echado
las aguas por debajo de los puentes.

- CCLXXII -

Te casarás, y acaso al otro día
verás tu pecho de amargura lleno.
¿Qué quieres, hija mía?
Si una copa de amor es ambrosía,
dos copas de placer son un veneno.

- CCLXXIII -

Lengua de Dios, la poesía es cosa
que oye siempre cual música enojosa
mucho hombre superior en lo mediano,
y en cambio escucha con placer la prosa,
que es la jerga animal del ser humano.

- CCLXXIV -

En vano tu memoria
quiero dar al olvido,
aunque eres una santa, cuya historia
llenaría de escándalo a un bandido.

- CCLXXV -

Yo sé de alguno que ama,
y es incrédulo en Dios, y cree en su dama.

- CCLXXVI -

Siento mucho decirte, Ana adorada,
que es vano nuestro empeño
de ver una esperanza realizada;
que el alma acalorada
todo en el mundo lo convierte en sueño
lo que es igual a reducirlo a nada.

- CCLXXVII -

Nada en el mundo alcanza
a apagar el ardor de los sentidos;
mil deseos cumplidos
no igualan al placer de una esperanza.

- CCLXXVIII -

Enriqueta, estoy cierto
que el Dios del cielo me dará su gloria
si al saber que yo he muerto,
rezas tú un Padre nuestro a mi memoria.

- CCLXXIX -

Aunque me he de morir, lo haré sin miedo,
pues no suelo creer en lo increíble,
y soy un pecador que nunca puedo
pensar que es el Dios bueno, un Dios terrible.

- CCXXX -

Mirándote a mi lado
he admirado, he sentido y he pensado,
lo que prueba, Joaquina,
que tu ser hechicero
es la imagen divina
de lo bueno, lo bello y verdadero.

- CCLXXXI -

Esclavos; aprended que en la existencia
puede más que la fuerza, la paciencia.

- CCLXXXII -

Siempre aspira a cambiar el hombre ciego,
la suerte propia por la suerte extraña,
soñando en el palacio y la cabaña
el labriego que es rey y el rey labriego.

- CCLXXXIII -

El pensamiento mío
purifica en tu imagen mis ardores,
como se vuelve néctar el rocío
metido en las corolas de las flores.

- CCLXXXIV -

La rueda de la vida, ídolo mío,
es querer y olvidar. ¡Jesús, qué hastío!

- CCLXXXV -

Aseguran mujeres de experiencia
que, si ellas saben algo, es por curiosas,
pero que nunca pasará su ciencia
de deletrear las cartas amorosas.

- CCLXXXVI -

¿Oyes, Concha, los céfiros alados
que agita tu abanico en derredor?
Pues todos son suspiros o recados
que te manda al oído
CAMPOAMOR.

Segunda parte

- I -

Al mover tu abanico con gracejo
quitas el polvo al corazón más viejo.

- II -

Como el viento continuo, no es sentida
la eterna pesadez de nuestra vida.

- III -

Si pienso en ti, fatigan mi deseo
mil pensamientos vanos,
y, sin saber por qué, cuando te veo
contengo el corazón con ambas manos.

- IV -

Te es infiel ¿y la quieres? No me extraña;
yo adoro a la esperanza, aunque me engaña.

- V -

Aunque eres a mi amor inaccesible,
no puedo menos de quererte un poco,
pues soy bastante loco
para morir creyendo en lo imposible.

- VI -

Se van dos a casar de gozo llenos;
realizan su ideal; ¡un sueño menos!

- VII -

De todo lo visible y lo invisible
crees sólo en el amor, que es lo increíble.

- VIII -

En la aurora feliz de tus amores
sólo querías el dinero en flores
mas, después que pasó tu ardor primero,
sólo quieres las flores en dinero.

- IX -

Piensa sólo en amar y en ser amada.
El amor es lo que es; lo otro no es nada.

- X -

Te he visto no sé donde, ni sé cuándo.
¡Ah! sí, ya lo recuerdo; fue soñando.

- XI -

Las niñas de las madres que amé tanto
me besan ya como se besa a un santo.

- XII -

Es tal la idolatría
con que quiero el destino que te quiera,
que creo que te tengo, Carmen mía,
la ceguedad de la pasión postrera.

- XIII -

A pesar de mis días,
como yo te amo a ti, no amó Macías.

- XIV -

Aunque es tu gran belleza

para mí inaccesible,
te quiero, vivo Dios, con la firmeza
de un mártir de la fe de lo imposible.

- XV -

Me dicen que es un diablo, mas recelo
que este diablo al caer se trajo el cielo.

- XVI -

Lo que yo te decía:
os casasteis, y luego,
si él te amó hasta la víspera con fuego,
tú amaste más desde el siguiente día.

- XVII -

La mujer más estulta
¡con qué artificio el artificio oculta!

- XVIII -

Siempre es algún consuelo
que un marido, por serlo, gane el cielo.

- XIX -

Fernanda, pienso en ti con tal empeño
que si duermo, no duermo: ¡engaño al sueño!

- XX -

Me han hecho sufrir tanto, que he dudado
si el amor será un odio disfrazado.

- XXI -

La ambición desencanta de tal modo,
que a mí ya no me extraña

que en salud, en amor, en paz y en todo
tenga envidia el palacio a la cabaña.

- XXII -

Tanto es lo que te quiero,
que el cetro puse en ti del mundo entero.

- XXIII -

Sin la fe la conciencia es un abismo,
y el peor compañero es uno mismo.

- XXIV -

Bendice, al mismo tiempo que San Pablo,
los matrimonios por amor, el diablo.

- XXV -

Al verse tan gentil, ¡con qué embeleso
se da a sí misma en el espejo un beso!

- XXVI -

Serás feliz, si metes con prudencia
en un saco el amor y la conciencia.

- XXVII -

Con valor sin segundo,
un abismo salvé tras otro abismo,
y, aunque de todo me salvé en el mundo,
nunca pude salvarme de mí mismo.

- XXVIII -

Aunque muy poco a poco
ya llegué al gran saber: ¡Sé que estoy loco!

- XXIX -

Todo galán desde que ve ese talle,
es parte de una esquina de tu calle.

- XXX -

Al pasar por delante
de un espejo en que alegre se miraba,
dijo al ver junto al mío su semblante;
¡cómo empieza la vida y cómo acaba!

- XXXI -

No es raro en una almohada ver dos frentes
que maduran dos planes diferentes.

- XXXII -

Es tan buena mujer, que he comprendido
que nunca hará feliz a su marido.

- XXXIII -

Después de bien pensado
fue mi tiempo perdido el más ganado.

- XXXIV -

¡Maldito mal el mío!
Si puedes, huye de él: se llama hastío.

- XXXV -

Las niñas rezadoras que yo trato
nunca piden a Dios el celibato.

- XXXVI -

Es tan cierto el candor de tu belleza,
que ocultas sólo el alma en tu franqueza.

- XXXVII -

Tened miedo de aquellas
que eclipsan, siendo feas, a las bellas.

- XXXVIII -

Con su novio formó un itinerario,
y, casada después, siguió el contrario.

- XXXIX -

De su paz envidioso
al ver a un muerto, digo: «he aquí un dichoso.»

- XL -

Todo pasa lo mismo que las rosas;
los hombres, los imperios y las cosas.

- XLI -

Hay falsas que, mandando en sus sentidos,
no se olvidan de sí ni en sus olvidos.

- XLII -

Eres con ellas tan audaz, porque eres
un hombre que conoce a las mujeres.

- XLIII -

Para verte, parece que a tu lado
admiradas las horas se han sentado.

- XLIV -

Más bien que un enfermero
hay quien cree que un marido es un loquero.

- XLV -

Ya decía mi abuela
que el amor es un ser endemoniado
que lo mismo que a un diablo exorcizado
la bendición nupcial lo espanta y vuela.

- XLVI -

Si como hombre no sé lo que prefiero,
como niño sé bien lo que no quiero.

- XLVII -

- «¡Ámame más!...» -la niña le decía,
Pero él -«¡si es imposible!...»- respondía.

- XLVIII -

Ya ni quiero ni puedo
volver a unir tu corazón al mío
porque me causa miedo
más que un sepulcro lleno, otro vacío.

- XLIX -

A pesar de lo mucho que te quiero
no me mato por ti, pero me muero.

- L -

Saben bien los amantes instruídos
que quieren decir sí tres nos seguidos.

- LI-

Cree, piadoso lector, lo que te digo:
con todo estoy en paz menos conmigo.

- LII -

Cual si untasen sus ojos con beleño,
el oficio de esposo es dado al sueño.

- LIII -

Como es tan importante lo que te hablo,
nos viene a oír desde el infierno el diablo.

- LIV -

Renuncio a hablar de ti, porque no creo
que podría imitar, aunque quisiera,
a Petrarca y a Herrera,
que cantan el amor sin el deseo.

- LV -

¡Ay del que, amando como yo, no alcanza
más amor que el amor sin esperanza!

- LVI -

Es misterioso el corazón del hombre
como una losa sepulcral sin nombre.

- LVII -

Todo la duda y la razón lo miran;
la fe y el corazón todo lo admiran.

- LVIII -

Son todos mis sentidos
para verte y oírte, ojos y oídos.

- LIX -

Ya sé que fui, por más que ella lo olvida,
el grande amor ochenta de su vida.

- LX -

Como si fuese un leño,
ya es tenderme a dormir mi único ensueño.

- LXI -

Pronto ha de ser este galán tan tierno
cual todo esposo, un disidente eterno.

- LXII -

Soy un hombre tan necio,
que defiando mi vida y la desprecio.

- LXIII -

Tanto es lo que te quiero
que aunque amarte es morir, te amo y me muerdo.

- LXIV -

Sólo para quererte
voy robando unos días a la muerte.

- LXV -

Cuenta el amor muy bajo a las mujeres
que hay un deber contrario a los deberes.

- LXVI -

¡Ay de aquel que ya tiene en esta vida,
excepto para ti, la fe perdida!

- LXVII -

En la hoja que escribo este «te quiero,»
siento el perfume de mi amor primero.

- LXVIII -

¡Huid, maldito enjambre
de ideas locas que mi frente esconde,
pues como dice Franklin no sé dónde,
«quien vive de esperanzas, muere de hambre!»

- LXIX -

Si sufres, ten paciencia; ése es tu sino;
toda hermosa es un mártir del destino.

- LXX -

Sé natural, que es, a más de hermosa,
la gran naturaleza una gran cosa.

- LXXI -

Nació, sufrió, murió. Tal fue su historia.
Destino de mujer. ¡Virtud sin gloria!

- LXXII -

La fuiste a secuestrar, y, ya casado,
eres tú, más bien que ella, el secuestrado.

- LXXIII -

Por ti mi corazón cayó en la cuenta
de que hay fiebres de amor a los sesenta.

- LXXIV -

Donde quiera que voy, hace el destino
que te halle casualmente en el camino.

- LXXV -

Esa mujer que miras de pasada,
jamás, después de vista, es olvidada.

- LXXVI -

Como un gran abogado, esa perversa
hace lo blanco negro y viceversa.

- LXXVII -

¡Qué olvidos tan extraños!
Al verte no me acuerdo de mis años.

- LXXVIII -

Hay rubias, como tú, tan verdaderas,
que, al esparcir el día sus destellos,
parece que las mismas hechiceras
cortan rayos del sol con las tijeras
y después os los ponen por cabellos.

- LXXIX -

Hay quien da vuelta al mundo, y luego exclama:
«para nuestra alma el mundo es lo que se ama.»

- LXXX -

El santo matrimonio nos aterra
después que hemos sabido
que en las luchas civiles el marido
es quien paga los gastos de la guerra.

- LXXXI -

Sólo a mi amor has dado
un instante de gloria;
mas juro que, sujeto a mi memoria,
jamás caerá ese instante en el pasado.

- LXXXII -

Al salir a la calle las ideas
son del incendio popular las teas.

- LXXXIII -

Lleva siempre en la frente lo que se ama,
como Moisés, un resplandor de llama.

- LXXXIV -

¿Dudas de mí? Teniendo tantas hechas,
no es raro que un ladrón tenga sospechas.

- LXXXV -

¡Cuánta mujer que marcha al casamiento
da en la calle, en el río, en el convento!

- LXXXVI -

Te dije el fin de las amantes glorias
que conseguir anhelas;
casarte como en todas las novelas,
y hartarte como en todas las historias.

- LXXXVII -

Aprende, niña bella,
que tan sólo es dichoso el que no olvida,
que, aunque no hay nada inútil en toda ella,
no hay cosa más inútil que la vida.

- LXXXVIII -

Muchos, cual yo, delante de tus ojos
no se miran de pie; se ven de hinojos.

- LXXXIX -

Con bondad e inocencia,
hermosura y talento,
Teresa, Dios hará que en tu existencia
siga siempre alumbrando tu conciencia
la ley de tu divino pensamiento.

- XC -

Si en hacerla feliz tenéis empeño,
tomad la realidad y dadla el sueño.

- XCI -

Si tan niña eres ya la criatura
más linda que el amor ha conocido,
¿qué será cuando el tiempo y la hermosura
den tu cuerpo a las gracias concluido?

- XCII -

Aunque morirme quiero,
por no olvidarme de tu amor, no muerdo.

- XCIII -

El hombre suele hacer todo lo bueno
por la mujer que le llevó en su seno.

- XCIV -

María, es además de sentimiento,
tu mirada una luz con pensamiento.

- XCV -

Desde que ví, Mercedes, tu hermosura,
el quererte es mi ramo de locura.

- XCVI -

Gertrudis, pido al Dios omnipotente,
con el más vivo anhelo,
que pasen las tristezas por tu frente
como pasan las nubes por el cielo.

- XCVII -

Pasando indiferente por mi lado,
no le importa a la infiel que no la ame;
aún no ha sentido como yo esa infame
el tormento de odiar lo que se ha amado.

- XCVIII -

Al ver al mundo entero
vagar sin norte y con la fe perdida,
siento por él ese dolor sincero
que siente por su enfermo el enfermero
en el último instante de su vida.

- XCIX -

Al final de la orgía
siente ella pesadumbre y él bosteza;
que en amor, ya agotada la alegría,
se queda cada cual con su tristeza.

- C -

Te adoró el primer mes, pero al siguiente
ya era un frío deber su amor ardiente.
¡Paciencia! Hoy como ayer y ayer como antes
nace y muere un amor en dos instantes.

- CI -

A fuerza de burlar y ser burlado
se adquiere este secreto:
que el hombre es un perfecto condenado
y la mujer un ángel incompleto.

- CII -

O lánzame al horror del fuego eterno,
O elévame del goce al alto emporio;
pues tu amor, que no es cielo ni es infierno,
jamás deja de ser un purgatorio.

- CIII -

Van y vienen por sitios alfombrados
con hojas de los árboles caídas,
la grey de engañadores engañados,
unas cuantas esposas aburridas
y otros tantos maridos fastidiados.

- CIV -

Son iguales, Leonor, nuestros destinos;
morirás, como yo, de mal de amores,
porque siempre y en todos los caminos
tu corazón asaltarán traidores
el tedio y el placer: dos asesinos.

- CV -

Si algún César triunfante
te viera desde el fondo de su gloria,
podría ese lunar de tu semblante
hacer variar el curso de la historia.

- CVI -

¡Qué bien llevas los años que han pasado!
Y los míos, Pilar, ¡qué bien los llevo!
¿Recuerdas cuántos son? Yo lo he olvidado;

sólo a indicar me atrevo
que, desde el tiempo viejo en que te he amado
barrió el polvo de un siglo un aire nuevo.

- CVII -

Sólo recuerdas de tu edad pasada
lo que hubo de infeliz en tus amores.
¡Qué quieres, prenda amada!
El dolor nos recuerda otros dolores,
pero un placer no nos recuerda nada.

- CVIII -

¿Qué diabólicas mañas
tendrá esa pecadora,
que cuando llama a ellas la traidora
siempre le abren las puertas mis entrañas?

- CIX -

Todavía, perjura,
mi corazón se goza en la amargura
de tus falsos amores,
como una sepultura
que con restos de un muerto cría flores.

- CX -

- ¿Por qué dicen -pregunta Rosalía
que nos mata el amor, siendo tan bueno?
- Lo dicen los que saben, hija mía,
que si un vaso de amor es ambrosía
un vaso de placer es un veneno.

- C -

Fue inútil nuestro afán; no hemos logrado
reavivar tus ardores ni los míos,
porque el amor y el agua de los ríos
no vuelven a pasar, si ya han pasado.

- CXII -

Al ver hoy tan erguido
al galán que vio ayer tan humillado,
el mundo ha conocido
que llegó para ella el bien perdido
llegando para él el bien logrado.

- CXIII -

Aunque no suele enardecer su pecho
el calor de la fe,
pasa la vida en lágrimas deshecho
envidiando al que cree.

- CXIV -

Sin la fe la conciencia es un abismo,
y el peor compañero es uno mismo.

- CXV -

Pasando de la pena a la alegría,
nuestra alma es el retrato
de esa móvil campana que en un día
toca a boda, a agonía,
a oración, a bautizo y a rebato.

- CXVI -

Un rizo de tu rubia cabellera
es la gloria mayor de mi destino:
si como hecho es un trapo una bandera;
como idea es un símbolo divino.

- CXVII -

A eterna fe nuestra alma condenada,
los que no creen en Dios creen en la nada.

- CXVIII -

Me dijo «sí», con tan discreto modo,
que no lo oyó ni Dios, que lo oye todo.

- CXIX -

No deja verte bien ni un solo instante
la inundación de luz de tu semblante.

- CXX -

Como van las malditas experiencias
nuestra alma invalidando,
en cada año que pasa voy echando
una pata de palo a mis creencias.

- CXXI -

La novedad del día en las ciudades
es la cola del perro de Alcibiades.

- CXXII -

Hay quien tiene ictericia
de soñar que lo ahorca la justicia.

- CXXIII -

Yo, como muchos, creo
que dura nuestro amor lo que el deseo.

- CXXIV -

¡Dichoso el que no olvida
que no se halla ventura
si a una conciencia pura,
no se une la esperanza de otra vida!

- CXXV -

En cualquiera mujer, reina o pastora,
se encuentra alguna cosa encantadora.

- CXXVI -

Soy en pensar que me amarás un día
el ciego que soñaba que veía.

- CXXVII -

Si en la senda del mal te ves perdida,
no sigas adelante;
para volver al bien en esta vida
todo momento es el supremo instante.

- CXXVIII -

Me dijo, al verme triste, una chilena:
- Siempre hay una mujer junto a una pena.

- CXXIX -

¡Dichosa la mujer que no conoce
que en los goces tranquilos falta el goce!

- CXXX -

Pareces, Delia, de la aurora hermana
y creo firmemente
que al nacer tú, dejó sobre tu frente
sus rayos más hermosos la mañana.

- CXXXI -

Fanny, guardando de ta edad primera
recuerdos halagüeños,
te he de dejar por mi única heredera
cuando haga el testamento de mis sueños.

- CXXXII -

Me inspiras compasión, pues dicen que eres
¡oh infeliz! muy feliz con las mujeres.

- CXXXIII -

¡Quién pudiera con tierna confianza
deslizar en tu oído
ciertos cuentos, Inés, que yo he aprendido
de mi eterna nodriza la esperanza!

- CXXXIV -

Acompañado del tintín del oro
toda mujer dormida oye un ¡te adoro!

- CXXXV -

¡Oh! ¡Qué niña tan bella!...
En mi tiempo, su madre era como ella.

- CXXXVI -

Cuando te cases, Lola,
te encontrarás con él dos veces sola.

- CXXXVII -

Les falta algo de amor a los amores
que no son un infierno de dolores.

- CXXXVIII -

Por flaquezas del cuerpo o las del alma,
la vida es un pecado que se empalma.

- CXXXIX -

Hay sabio de impiedad tan candorosa,
que no tiene fe en Dios y cree en su esposa.

- CXL -

¿Preguntas que es amor? Es un abismo,
mal y bien, esperanza y desaliento,
antídoto y veneno a un tiempo mismo,
odio y pasión, deleite y sufrimiento.

- CXLI -

Viejos y nuevos, grandes y pequeños,
los ídolos pasando
desde el cielo a la tierra, van echando
pasadizos de fe, puentes de sueños.

- CXLII -

¿Qué es preciso tener en la existencia?
Fuerza en el alma y paz en la conciencia.

- CXLIII -

Adoré tanto a Estrella,
que, a pesar de su edad y de la mía,
siempre que me habla con los ojos ella,
yo la oigo con los míos todavía.

- CXLIV -

Cuando dudaba de ella, vacilaba,
pero ya no vacilo:
su amor, mientras dudé, me atormentaba;
hoy sé que me es infiel y estoy tranquilo.

- CXLV -

Eres el tipo raro
de esas que hacen un velo del descaro.

- CXLVI -

Tu mano de marfil, que antes ardía,
ya me suele quemar de puro fría.

- CXLVII -

Tratad con indulgencia
a aquel que hace lo innoble con decencia.

- CXLVIII -

No olvides un instante
que es quedarse detrás no ir adelante.

- CXLIX -

¿Por qué saben las gentes que has pecado?
Lo saben porque rezas demasiado.

- CL -

Alegra el ver a las mujeres bellas,
como idealiza el alma el ver estrellas.

- CLI -

¿Qué saqué al fin de los amores míos?
La cabeza caliente y los pies fríos.

- CLII -

Eres después de vieja
sirena inversa que, si llama, aleja.

- CLIII -

Es cosa entre ellos y ellas convenida,
dar ellas la virtud y ellos la vida.

- CLIV -

Todos lo han conocido;
¿va con uno y bosteza? Es su marido.

- CLV -

Se hace también, merced a la conciencia,
en los lechos de pluma penitencia.

- CLVI -

Al pedirme la luna muchas bellas,
yo les di el sol, la luna y las estrellas.

- CLVII -

Ya tanto tu virtud exteriorizas
que a fuerza de pudor escandalizas.

- CLVIII -

¡Cuánto desventurado
hay, que creo conquistar y es conquistado!

- CLIX -

¡Cuán feliz es el que oye eternamente
el mismo ruido de la misma fuente!

- CLX -

¡Feliz tú que tan sólo has disfrutado
la embriaguez de lo real en lo soñado!

- CLXI -

Hay mujer que se juzga tan despierta

que siempre piensa el mal y nunca acierta.

- CLXII -

Dice esa infame que por mí ha sabido
que el hombre es un demonio pervertido.

- CLXIII -

Yo una vez tuve amores
con una mujer fiel... ¡horror de horrores!

- CLXIV -

Te vendí y me vendiste; está bien hecho:
la venganza en España es un derecho.

- CLXV -

Amantes y no amantes
me dicen que, como eres tan hermosa,
parecen tus pendientes de brillantes
dos gusanos de luz junto a una rosa.

- CLXVI -

Sin los puntales de la fe, algún día
la bóveda del cielo se caería.

- CLXVII -

Aunque un ángel lo llene de agua pura,
todo vaso es un cáliz de amargura.

- CLXVIII -

A un tiempo nos deleita y nos maltrata
la preciosa Angelita,
pues es mujer que, si nos mira, mata,
y, si vuelve a mirar, nos resucita.

- CLXIX -

Diría la verdad, si te jurara
por los dioses mayores y menores,
que son los hoyos de tu hermosa cara
el nido de mis últimos amores.

- CLXX -

Hay Cresos que con ansia desmedida,
gastan la vida en apilar dinero,
sin calcular primero
que el oro vale menos que la vida.

- CLXXI -

Busqué la ciencia, y me enseñó el vacío;
logré el amor, y conquisté el hastío.

- CLXXII -

En la muerte de Zorrilla

Por bueno y por glorioso, el cielo quiso,
que subiese al Edén que merecía
el último cantor que descendía
del primer ruiseñor del Paraíso.

- CLXXIII -

Ha muerto, y desde ahora sus despojos
ya se verán, más que de pie, de hinojos.

- CLXXIV -

De él, de su amor, y de tu fe, y de todo,
hará el deshielo de la nieve, lodo.

- CLXXV -

Teme más el que es bueno
a su propio desprecio que al ajeno.

- CLXXVI -

Te vi ayer, y perdona si al momento
contigo me casé de pensamiento.

- CLXXVII -

Por falta de virtud o de memoria,
mientes más tú que el que inventó la historia.

- CLXXVIII -

¿Niegas que fuiste mi mejor amiga?
Bien, bien; lo callaré: nobleza obliga.

- CLXXIX -

Si miro de tus ojos al espejo,
conozco que no sirvo para viejo.

- CLXXX -

Soy en creer las cosas tan reacio,
que solamente leo
la historia, como un viaje de recreo
por los campos del tiempo y del espacio.

- CLXXXI -

Es grande en extensión el océano,
pero es más hondo el corazón humano.

- CLXXXII -

Tan sólo con mirar o dar la mano,
vas causando más fiebres que un pantano.

- CLXXXIII -

La muerte por nosotros tan temida,
es un cambio de frente de la vida.

- CLXXXIV -

Suele el hombre morir en los momentos
en que empieza a ordenar sus pensamientos.

- CLXXXV -

No hay una luz más bella que la nube
del humo del hogar que al cielo sube.

- CLXXXVI -

Da al diablo el hombre la existencia entera,
y lo dedica á Dios la hora postrera.

- CLXXXVII -

¿Te casaste? Pues bien, ya has conquistado
frío hogar, mesa muda y lecho helado.

- CLXXXVIII -

Cuando ames, Esperanza, ten presente
que lo hermoso del hombre está en la frente.

- CLXXXIX -

Hombre, no temas al infierno tanto,
que el pecador cuando se casa es santo.

- CXC -

Pues te robó a mi amor, que sufra en calma

que tú y yo nos besemos con el alma.

- CXCI -

Si al morir va al infierno mi marido,
es que vuelve al país en que ha nacido.

- CXCII -

Al fin te consagraste a los altares
más bien que por tu fe, por tus pesares.

- CXCIII -

Empleando las frases vagamente
no dice la verdad, y nunca miente.

- CXCIV -

Sé por mí que no hay nada más helado
que el cráter de un volcán si está apagado.

- CXCV -

¿Y su amor? Ya está muerto y enterrado,
pues hay quien ha advertido
que se limpia al descuido con cuidado
el sitio en que la besa su marido.

- CXCVI -

Debí un favor a una mujer muy bella,
y, aunque fue aprecio vil, después de aquello
toda mi vida al acordarme de ella
la siento hasta en la punta del cabello.

- CXCVII -

No tengáis duda alguna:
felicidad suprema no hay ninguna.

- CXCVIII -

Nadie puede librarse en su camino
de los celos con trampa del destino.

- CXCIX -

Cree que ya en otra vida ha sido un reo
a quien ahorcó el verdugo, y yo lo creo.

- CC -

Aprende a ver sin pena
que tendrá su ambición su Santa Elena.

- CCI -

¿Qué son la gloria, ni el poder, si en suma
la gloria aburre y el poder abrumba?

- CCII -

Cazadores y amantes
cautivan fascinando con reflejos;
unos cazan mujeres con diamantes
y otros cogen alondras con espejos.

- CCIII -

Teniendo a dos para llenar las horas,
ríes con uno y con el otro lloras.

- CCIV -

Teresa España, adiós; aunque no quiera
te he de olvidar, lo sé... cuando me muera.

- CCV -

A fuerza de estudiado, es un marido
más necio que Homero traducido.

- CCVI -

Cosas que nunca ha comprendido mi alma;
bailar con frenesí y amar con calma.

- CCVII -

Ya la vida desdeño
al ver que, más que un sueño, es un mal sueño.

- CCVIII -

Además del perdón que me has pedido,
te concedo el desprecio y el olvido.

- CCIX -

Dadme sangre española
que, sin fuego y sin luz, se inflame sola.

- CCX -

Es tal mi somnolencia,
que aunque estoy en Madrid, vivo en Valencia.

- CCXI -

Es propio del amor, si es verdadero,
compendiar en un ser el mundo entero.

- CCXII -

Este nombre de Inés, que tanto admiro,
lo he de envolver en mi último suspiro.

- CCXIII

La juventud ardiente y atrevida
se entrega a la pasión, porque no advierte
que, siendo hijo querido de la vida,
el amor es el padre de la muerte.

- CCXIV -

Fue una mujer amante
de un corazón tan noble como tierno,
quien lo hizo conocer que olvidó el Dante
más de veinte suplicios en su Infierno.

- CCXV -

Pensaba sólo en él; mas ya es su esposa,
y habla con él pensando en otra cosa.

- CCXVI -

¡Ay! La virtud de un corazón sencillo
siempre se halla entro el yunque y el martillo.

- CCXVII -

No es raro que retoñe en las abuelas
ese amor que precede a las viruelas.

- CCXVIII -

Parece que tu espléndida belleza
no ha sido concebida en impureza.

- CCXIX -

Es muy niña, y ya tiene calculadas
la fuerza y la extensión de sus miradas.

- CCXX -

Aquella hada traidora,
cuando logra perderme, me enamora.

- CCXXI -

Suele ser el placer un convidado
que no asiste al festín a que es llamado.

- CCXXII -

La dicha más cumplida
será perder del mundo la memoria.
¿Quién podrá ser dichoso ni en la gloria
si hay en ella el recuerdo de esta vida?

- CCXXIII -

En tus modos de amar tan conocidos
no te olvidas de ti ni en tus olvidos.

- CCXXIV -

La niña encantadora
es ya coqueta. ¿Y para qué? Lo ignora.

- CCXXV -

Es un Catón, desde que se ha servido
prohibirle la edad lo prohibido.

- CCXXVI -

Su esposo la perdona, aunque le infama
¿Ama y perdona? Es imposible; no ama.

- CCXXVII -

Es ángel y es mujer, pero imagino
que lo humano es mayor que lo divino.

- CCXXVIII -

Oyó la historia de Eva, y la inocente
entró en ganas de ver una serpiente.

- CCXXIX -

Lo que al hombre le aterra
es que mira, y mirando no ve nada,
porque todos los lados de la tierra
son puntos de partida sin llegada.

- CCXXX -

Con rosas en el pecho y en la frente,
tienes en tus amores
la gentil condición de la serpiente
que le gusta esconderse entre las llores.

- CCXXXI -

Viniendo del no ser, no estoy seguro
si voy a parte alguna.
¡Misterios del sepulcro y de la cuna,
fantasmas del pasado y del futuro!

- CCXXXII -

Es muy buena mujer, mas sus manías
volvieron blanco a un rubio en cuatro días.

- CCXXXIII -

Esa joven declara
que aun puedo yo agradar; pero es lo cierto
que hoy, al verme pasar, puso la cara
que se suele poner al ver a un muerto.

- CCXXXIV -

La ambición más legítima y más pura
para subir se arrastra hacia la altura.

- CCXXXV -

Aunque parece necia,
nos conoce tan bien que nos desprecia.

- CCXXXVI -

Después que aquí encantó con su belleza,
irá al cielo a admirar con su pureza.

- CCXXXVII -

El grande Enrique, de pudores hartó,
dijo a una joven con descaro un día:
- ¿Cuál es, niña, el camino de tu cuarto?
La joven contestó: -«La vicaría.»

Cantares
Amorosos

- I -

La amo tanto a mi pesar,
que aunque yo vuelva a nacer
la he de volver a querer
aunque me vuelva a matar.

- II -

Desde que perdí el encanto
de mi primera pasión,

no he entrado en mi corazón
por no morirme de espanto.

- III -

No esperes que una mudanza
me dé la tranquilidad;
que amo en ti más la esperanza
que en otras la realidad.

- IV -

Si hago al juicio una llamada,
me responde el corazón
que si hay juicio no hay pasión,
y si no hay pasión no hay nada.

- V -

Como no vives tú en mí,
vivo en ti, mas no contigo,
y hasta no vivo conmigo,
como vivo sólo en ti.

- VI -

Está tu imagen que admiro
tan pegada á mi deseo,
que si al espejo me miro,
en vez de verme, te veo.

- VII -

Perdí media vida mía
por cierto placer fatal,
y la otra media daría
por otro placer igual.

- VIII -

Más cerca de mí te siento

cuanto más huyo de ti,
pues tu imagen es en mí
sombra de mi pensamiento.

- IX -

Sueño o vele, no hay respiro
para mi ardiente deseo,
pues sueño cuando te miro
y cuando sueño te veo.

- X -

Prometo que te he de amar,
pero me has de prometer
que sólo me has de engañar
si me dejas de querer.

- XI -

Tu bien es mi gran contento,
tu mal mi mayor sufrir,
pues siento más tu sentir
que lo que yo mismo siento.

- XII -

¡Qué razón tiene mi amor
cuando te jura y rejure
que, aunque grande, es tu hermosura
de tus gracias la menor!

- XIII -

¿Quién, niña, se te figura,
que amará con más verdad,
mis sentidos tu hermosura,
o el corazón tu bondad?

- XIV -

Cuantos te han tratado y tratan,
en tu amor aprender suelen,
todos, las penas que duelen,
yo, los dolores que matan.

- XV -

Aunque esté muerto de cierto,
en nombre suyo llamadme:
si no respondo, enterradme,
porque de cierto estoy muerto.

- XVI -

Marcho a la luz de la luna
de tu sombra tan en pos,
que no hacen más sombra que una
siendo nuestros cuerpos dos.

- XVII -

Me causas tanto pesar,
que he llegado a presumir
que mucho me debe amar
quien tanto me hace sufrir.

- XVIII -

Todos pagan la traición
con el odio y el puñal;
yo te pagué el mismo mal
con el amor y el perdón.

- XIX -

Si indócil a mis consejos
vas de mi cariño a huir,
yo me voy mucho más lejos,
porque me voy a morir.

- XX -

Nunca, aunque estés quejumbrosa,
tus quejas puedo escuchar,
pues como eres tan hermosa,
no te oigo, te miro hablar.

- XXI -

Dios, que nos crió a los dos,
podrá hacer que yo me muera:
pero hacer que no te quiera,
Dios podría... porque es Dios.

- XXII -

Un día a Richmond subí,
¡y cuán bello lo hallaría,
que, perdóname, aquel día
fui feliz hasta sin ti!

- XXIII -

Las malas son esas penas
que sin matar nos maltratan;
las que de un golpe nos matan,
¡esas sí que son las buenas!

- XXIV -

Ten paciencia, corazón,
que es mejor, a lo que veo,
deseo sin posesión
que posesión sin deseo.

- XXV -

Así, en inútil porfía,
pasa esta vida traidora:
yo pidiéndote que ahora,
tú diciendo que otro día.

- XXVI -

Aún di poco por tu amor,
aunque por él di, constante,
veinte años por un instante,
la dicha por un favor.

- XXVII -

Vengo a pedirte perdón;
no puedo luchar contigo,
pues mi mayor enemigo
es mi mismo corazón.

- XXVIII -

¡Ay! ¿por qué haciendo, perjura,
dos veces fatal mi historia,
me arrebatas la ventura
dejándome la memoria?

- XXIX -

Para pintarte, querida,
mi existencia de una vez,
lee el resumen de mi vida:
- Una tarde en Aranjuez. -

- XXX -

Absorto en ti mi deseo,
tan sólo en tu amor creí;
pero ahora en nada creo,
desde que no creo en ti.

- XXXI -

Si en tu gracia he de creer,
quiero tus gracias mirar,
pues mal te podré aprender
si no te puedo estudiar.

- XXXII -

Ir hacia Atocha la vi;
la seguí, miré, miró:
y no vine, vi, y vencí;
yo vine, vi, y me venció.

- XXXIII -

Es tanta mi ceguedad,
que te amo, aunque estoy seguro
que con amarte aventuro
mi dicha en la eternidad.

- XXXIV -

Tú presumes, y no es cierto,
que yo te oculto una cosa;
y sólo te oculto, hermosa,
el llanto que por ti vierto.

- XXXV -

Porque en dulce confianza
contigo una vez hablé,
toda la vida pasé
hablando con mi esperanza.

- XXXVI -

Vuélvemelo hoy a decir,
pues, embelesado, ayer
te escuchaba sin oír
y te miraba sin ver.

- XXXVII -

En la fiesta de San Blas
reíste tanto con él,
que desde entonces, ¡infiel!
no he vuelto a reír jamás.

- XXXVIII -

Mientras bebí descuidado
el filtro de sus amores,
me mató, cual los traidores,
al descuido con cuidado.

- XXXIX -

Tus perfecciones al ver,
suelen los hombres decir:
- Sólo por verla, nacer;
después de verla, morir.

- XL -

¡Pérfida! te odio; mas creo
que al mismo tiempo te adoro,
pues maldigo, si te veo,
y si no te veo, lloro.

- XLI -

Tras ti cruzar un bulto
vi por la alfombra;
ciego el puñal sepulto...
y era tu sombra.
¡Cuánto, insensato,
te amo, que hasta de celos
tu sombra mato!

- XLII -

Que es matarme confieso,
el olvidarme:
aborréceme, que eso
ya es recordarme.
Por Dios te pido
que me entregues al odio
mas no al olvido.

Epigramáticos

- XLIII -

Que me vendiste se cuenta,
y añaden para tu daño
que te dieron por mi venta
monedas de desengaño.

- XLIV -

Que es corto sastre preveo
para el hombre la mujer,
pues siempre corta el placer
estrecho para el deseo.

- XLV -

Siempre se rinde mejor
la fuerza de tu conciencia
a un grano de violencia
que a cien quintales de amor.

- XLVI -

Porque esté más escondido
de tal modo te lo cuento,
que entre mi boca y tu oído
no quiero que esté ni el viento.

- XLVII -

El mismo amor ellas tienen
que la muerte a quien las ama;
vienen, si no se las llama,
si se las llama, no vienen.

- XLVIII -

Sin antifaz te veía,
y una vez con él te vi;
sin él no te conocía,
mas con él te conocí.

- XLIX -

Ni te tengo que pagar,
ni me quedas a deber;
si yo te enseñé a querer,
tú me enseñaste a olvidar.

- L -

A un mármol Pigmalión
lo dio de mujer el ser,
y en mí cambió una mujer
en mármol mi corazón.

- LI -

Si te ha absuelto el confesor
de aquello del Cabañal,
o tú te confiesas mal,
o él te confiesa peor.

- LII -

Por mucho que el tren corría,
corre tanto un ¡yo te adoro!
que era tuyo en Valdemoro,
y en Aranjuez ya eras mía.

- LIII -

¡Qué bien supiste aprender
lo que dice cierto autor,
que suele en lances de amor
ser la mentira un deber!

- LIV -

¡Que no me conoce, ayer
juró por no sé qué santo!
¿Cómo me ha de conocer
si yo la conozco tanto?...

- LV -

Mira que ya el mundo advierte
que al mirarnos de pasada
tú te pones colorada,
yo pálido cual la muerte.

- LVI -

Cuando pasas por mi lado
sin tenderme una mirada,
¿no te acuerdas de mí nada,
o te acuerdas demasiado?

- LVII -

Aunque al salir tú del puerto
quedé más muerto que vivo,
verás, por ésta que escribo,
que, con efecto, no he muerto.

- LVIII -

Levanta ese rostro inquieto,
y el mirarme no te asombre;
que, aunque agraviado, soy hombre
que muero con mi secreto.

- LIX -

Yo no soy como aquel santo
que dio media capa a un pobre;
ten de mi amor todo el manto,

y si te sobra, que sobre.

- LX -

Es el amor un galán
que ni hambre ni hartura quiere,
pues lo mata el mucho pan
y con poco pan se muere.

- LXI -

Con desdén me has molestado
y hoy con celos me molestas,
y más bostezos me cuestas
que suspiros me has costado.

- LXII -

No engañarías a fe,
su fe con tan buenos modos,
si éste, y aquél, y ése y todos
supieran lo que yo sé.

- LXIII -

Cual vil cazador me trata
la cazadora a quien amo;
se esconde, saca el reclamo,
va la perdiz, y la mata.

- LXIV -

Testigo de eterno amor,
le di una flor a mi amante;
mi suerte fue que la flor
tan sólo duró un instante.

- LXV -

Quisiera al jardín volver
de tu, cariñoso amor,

si se pudiera coger
dos veces la misma flor.

- LXVI -

Pues yo la perdiz anhelo,
el mochuelo es para ti;
o bien para ti el mochuelo,
y la perdiz para mí.

- LXVII -

Como en la iglesia te vi
después de lo de la fiesta,
me santigüé y prorrumpí:
- ¿Quién dirá que aquélla es ésta? -

- LXVIII -

Sin saber decir por qué es,
para los malos amantes
todas son discretas antes
y todas tontas después.

- LXIX -

Con tanto placer cruzamos
el túnel de Elda los dos,
que al salir de él exclamamos:
- ¿No habrá otro túnel, gran Dios? -

- LXX -

Lo recuerdo de tal modo,
que aún creo que estoy mirando,
cómo fuiste colocando
mano, pie, cabeza y todo.

- LXXI -

Cuando cobrar una de uno

quiere prenda que aún no dio,
esa una vendió a alguno
lo que alguno no pagó.

- LXXII -

Ya sé que aunque perdí en ello
he perdido tu amistad
desde que hablando de aquello
te dije aquella verdad.

- LXXIII -

Por más que sobre árbol bueno
otro mejor he injertado,
nunca hay fruta en mi cercado
como en el cercado ajeno.

- LXXIV -

No hay quien en suerte te venza,
pues aún cree la multitud
que es pudor de tu virtud
el rubor de tu vergüenza.

- LXXV -

En vano al pie de un retablo
le juras a Dios ser fiel;
después que fuiste de aquél,
sólo puedes ser del diablo.

- LXXVI -

De noche, solo y a pie
voy a tu lado, me acuesto,
me vuelvo y nadie me ve...
todo en sueños, por supuesto.

- LXXVIII -

Casi te lo agradecí
cuando el engaño toqué,
pues si loco me acosté,
filósofo amanecí.

- LXXVIII-

Loca por mí te figuras,
mas ya ven los que te advierten
que nunca haces más locuras
que aquellas que te divierten.

- LXXIX -

No inquietas con tal constancia
si soy o no soy leal;
que toda dicha cabal
nace de alguna ignorancia.

- LXXX -

Te pintaré en un cantar
la rueda de la existencia:
pecar, hacer penitencia,
y luego vuelta a empezar.

- LXXXI-

¡Cuántos deseos cautivos
te manda mi corazón
velados en la expresión
de estos puntos suspensivos!...

- LXXXII -

Entonces, con el deseo,
sin mirarte te veía;
pasó algún tiempo, y hoy día,
si te miro, no te veo.

- LXXXIII -

Diciéndolo, no diré
lo que aquel pinar esconde;
allí, ya recuerdas dónde,
nos pasó, ya sabes qué.

- LXXXIV -

Pensando que he de morir
A tal desventura llego,
que como un muerto me entrego
a la dicha de vivir.

- LXXXV -

Si es fácil una hermosa,
voy y la dejo;
si es difícil la cosa,
también me alejo.
Niñas, cuidado
de amar siempre con fácil
dificultad.

Filosófico-morales

- LXXXVI -

Por más contento que esté
una pena en mí se esconde
que la siento no sé donde
y nace de no sé qué.

- LXXXVII -

Fui un día a la ciudad,
y me volví al otro día,
Pues mi mejor compañía
es la mayor soledad.

- LXXXVIII -

La vida es dulce o amarga;
lo corta o larga ¿qué importa?
El que goza la halla corta,
y el que sufre la halla larga.

- LXXXIX -

Dejándome en paz sufrir,
puedes, ventura, pasar,
pues como te has de marchar,
no gozo en verte venir.

- XC -

Cuando las penas ajenas
mido por las penas mías,
¡quién me diera a mí sus penas
para hacer mis alegrías!

- XCI -

Menor el tormento fuera
de esta duda en que me muero,
si, cual sé lo que no quiero,
lo que yo quiero supiera.

- XCII -

Decía yo, de amor loco:
-¡Penar tan poco por tanto!
Y dije al perder mi encanto:
-¡Penar tanto por tan poco!

- XCIII -

Con tantos pesares lidia
mi corazón en el mundo
que cuando ve a un moribundo,

casi se muere de envidia.

- XCIV -

¡Qué divagar infinito
es éste en que el hombre vive,
que siente, piensa y escribe,
y luego borra lo escrito!

- XCV -

Mal hizo el que hizo el encargo
de hacer las cosas al gusto;
todo es corto o todo es largo
y nada nos viene justo.

- XCVI -

Para divertir su afán
cantaba a su reja un loco:
- Unos estamos por poco
y otros por poco no están. -

- XCVII -

Tanto suelen mi sufrir
las desdichas apurar,
que a veces me echo a reír
por no poderlas llorar.

- XCVIII -

Corro de aquí para allí
sin que halle mi afán parada,
y no es porque busco nada,
es que ando huyendo de mí.

- XCIX -

Tenga penas o contento,
me nacen a manos llenas

por cada placer cien penas,
por cada pena otras ciento.

- C -

El tiempo a todos consuela,
sólo mi mal acibara,
pues si estoy triste se para,
y si soy dichoso vuela.

- CI -

Como asegura un autor,
la muerte es un grande sueño;
si es bueno el sueño pequeño,
el grande será mejor.

- CII -

¡Cómo cansan, cómo cansan
las horas que van pasando,
y el no descansar, pensando
cómo los demás descansan!

- CIII -

Pasa un día, y sabe Dios
que mi atroz melancolía
no siente que pasa un día,
sino que no pasen dos.

- CIV -

Mi deseo es desear
más que alcanzar lo que quiero,
y mejor que lo que espero,
lo que quiero es esperar.

- CV -

Cuando más desesperado

voy del cielo a maldecir,
¡bendigo a Dios, que me ha dado
la esperanza de morir!

- CVI -

Con más fe se soportara
la vida, si se pudiera
llorar cuando se anhelara,
morir cuando se quisiera.

- CVII -

Ya lo gozado y sufrido
se ha pasado, y claro está
que si pasó lo venido,
la que venga pasará.

- CVIII -

Si ayer tropecé bastante
hoy tropiezo mucho más:
antes mirando adelante,
después mirando hacia atrás.

- CIX -

La tumba es al lecho igual;
pero bien sabido ten
que en uno se duerme mal,
y en otra se duerme bien.

- CX -

Sufro poco, al recordar
que ha de acabar mi sufrir,
y gozo, cuando al gozar
recuerdo que he de morir.

- CXI -

Si como se sabe ya,
el que espera desespera,
quien, como yo, nada espera,
¡cuál se desesperará!

- CXII -

Si entre no haber sido y ser
hubiera el hombre elegido,
claro es que hubiera escogido
el no poder escoger.

- CXIII -

Del mundo entré en el bazar;
mas ¡cuánto he sufrido al ver
que ya es costumbre vender
cuanto se quiere comprar!

- CXIV -

Tengo un consuelo fatal
en medio de mi dolor,
y es, que hallándome tan mal,
nunca podré estar peor.

- CXV -

Nunca he podido olvidar
lo que me dijo al partir:
-Tú piensa para decir,
mas no hables para pensar.

- CXVI -

Tarde vi lo inútil que es
dar gusto a nuestra esperanza:
pues cuando una cosa alcanza,
quiere otra cosa después.

- CXVII -

Con permiso del Eterno,
dudo cuál será mayor,
si aquel dolor del infierno
o este infierno de dolor.

- CXVIII -

Ya ni por saber trabajo,
que es este mundo de prueba;
quien sabe por qué me trajo,
ya sabrá por qué me lleva.

- CXIX -

Yo no siento que la suerte
me abrume cada vez más;
lo que siento es que la muerte
no llega a tiempo jamás.

- CXX -

La dicha es una ilusión,
pues se puede, en mi sentir,
una tragedia escribir
del más feliz corazón.

- CXXI -

Ya de sentimiento llena
siente en falso el alma mía,
Pues lo alegre me da pena
y lo que es triste alegría.

- CXXII -

No vengas, falso contento,
llamando a mi corazón,
pues traes en la ilusión
envuelto el remordimiento.

- CXXIII -

Dame la vida, ¡oh dolor!
compañero eterno mío,
pues si no fuera tu amor
ya hubiese muerto de hastío.

- CXXIV -

Después que ya se ha agotado
todo humano sufrimiento,
siempre hay un nuevo tormento
para un viejo atormentado.

- CXXV -

Llorar de placer se suele,
y es que en nuestro corazón
hay siempre una vibración
que aún con el placer nos duele.

- CXXVI -

Mucho sabría en verdad
si supiera la razón
dónde acaba la ilusión
y empieza la realidad.

- CXXVII -

¡Infeliz del que en la tierra
las ilusiones perdió,
y está además, como yo,
con sus recuerdos en guerra!

- CXXVIII -

Llaman vida a ir de esta suerte
hasta que el cuerpo sucumba,
en agonías sin muerte
y en una muerte sin tumba.

- CXXIX -

Ayer sudé por ganar
lo que hoy me causa desgana,
y hoy sudo por alcanzar
lo que me aburra mañana.

- CXXX -

Cuando con fe inextinguible
pretendas dichoso ser,
lo primero que has de hacer
es discutir si es posible.

- CXXXI -

Piensa con ojos serenos
cómo y cuándo morirás;
que siendo el morir lo más,
el cómo y cuándo es lo menos.

- CXXXII -

Mi madre que me amaba
con desvarío,
siempre al verme exclamaba:
-¡Consuelo mío!
¡Y hoy, santo cielo,
quién consolar pudiera
a aquel consuelo!

- CXXXIII -

Te enseñó, pues quisiste,
toda su ciencia,
¿y hoy le preguntas ¡triste!
por tu inocencia?
¿Cómo, ¡imprudente!
querías, siendo sabia,
ser inocente?

Fábulas
Sección literaria

Fábula I

No hay gloria sin pena

Los jóvenes y la ofrenda

En un vergel ameno
mil jóvenes sin freno
discurren distraídos,
aquí y allí perdidos.
Uno a otro, de un arranque
zambulle en un estanque,
y el otro a su vecino
le acuesta en un espino.
Para ellos esculturas
son hórridas figuras;
y así, cual en retablo,
copiando las del diablo,
les pintan sutilmente
un no sé qué en la frente.
Ya sin panza de un taco
me dejan al dios Baco;
y ya a Venus la bella,
tan sin pudor como ella,
por más que se agazapa
haciendo que se tapa,
la hacen que como un charro
fumando esté un cigarro.
Uno al fin sobre Apolo,
travieso como él solo,
mostrando una corona,
esto a todos pregona:
-«Aunque envidias provoque,
del que el extremo toque
de ese ciprés que ondea

premio esta ofrenda sea.»
-«¡Arriba!» -gritan todos,
corriendo de mil modos:
y en trances infelices
los ojos y narices
ya ven de día estrellas,
ya acaso barren huellas,
ya el alto viene abajo
asido del zancajo,
o ya el más bajo al otro
le monta como a un potro;
hasta que uno elevado,
que más que otros, lo osado
con lo dichoso junta,
tocó al ciprés la punta
al fuego que le inflama,
y ¡chasc!... rota la rama,
cayó rápidamente,
haciéndose en la frente,
amén de algún rasguño,
un chichón como un puño.
Cercáronle con prisa
unos fingiendo risa
y otros mostrando pena
por la ventura ajena;
y vendando sus sienes,
tras de mil parabienes,
por cima de la venda
ciñéronle la ofrenda.
Dos coronas contemplo
que ha de ceñir el sabio
para alcanzar victoria,
si de la gloria al templo,
despreciando su agravio,
aspira en su delirio:
antes la del MARTIRIO,
después la de la GLORIA.

Sección política

Fábula I

Insuficiencia de las leyes

El reino de los beodos

Tuvo un reino una vez tantos beodos
que se puede decir que lo Eran todos,
en el cual por ley, justa se previno:
-Ninguno cate el vino.-
Con júbilo el más loco
aplaudiose la ley, por costar poco:
acatarla después, ya es otro paso;
pero en fin, es el caso.
que la dieron un sesgo muy distinto,
creyendo que vedaba sólo el tinto,
y del modo más franco
se achisparon después con vino blanco.
Extrañando que el pueblo no la entienda,
el Senado a la ley pone una enmienda,
y a aquello de Ninguno cate el vino,
añadió, blanco, al parecer con tino.
Respetando la enmienda el populacho,
volvió con vino tinto a estar borracho,
creyendo por instinto ¡mas qué instinto!
que el privado en tal caso no era el tinto
Corrido ya el Senado,
en la segunda enmienda, de contado,
-Ninguno cate el vino,
sea blanco, sea, tinto;-les previno;
y el pueblo, por salir del nuevo atranco,
con vino tinto entonces mezcló el blanco,
hallando otra evasión de esta manera,
pues ni blanco ni tinto entonces era.
Tercera vez burlado,
-«no es eso, no señor,» dijo el Senado;
«o el pueblo es muy zoquete, o muy ladino:
se prohíbe mezclar vino con vino.»-
mas ¡cuánto un pueblo rebelado fragua!
¿Creéis que luego lo mezcló con agua?
Dejando entonces el Senado el puesto,
de este modo al cesar dio un manifiesto:
La ley es red en la que siempre se halla
descompuesta una malla,
por donde el ruin, que en su razón no fía,
se evade suspicaz... ¡Qué bien decía!
Y en lo demás, colijo

que debiera decir, si no lo dijo:
Jamás la ley enfrena
al que a su infamia su malicia iguala:
si se ha de obedecer, la mala es buena;
mas si se ha de eludir, la buena es mala.

Fábula II

Instituciones inútiles

El arquitecto y el andamio

Quitó el andamio Simón
cuando la casa hubo hecho,
y el andamio con despecho
exclamó: -¡Qué ingrata acción! -
A tan necia exclamación.
dijo Simón muy formal:
-Quitarte antes, animal,
fuera imprudencia no escasa;
mas después de hecha la casa,
¿hay cosa más natural?

Fábula III

Oficios mutuos

El gato y el milano

Desplumaba a una tórtola un milano,
y un gato que gruñendo lo veía,
el hocico lamiéndose, aunque en vano,
-¡Ah, verdugo! -furioso le decía.
-Y tú ¿qué eres! -el ave le contesta.
Calló el gato, ocultando su deseo,
y echándole las garras por respuesta,
-¿qué he de ser, contestó, siendo tú el reo? -
Dotado siempre está de ansia inhumana
cuanto arrojar al mundo a Dios le plugo:
verdugos de hoy, reos serán mañana,
pues el reo de ayer es hoy verdugo.

Fábula IV

El falso heroísmo

El veterano y el pastor

Volviendo hacia su tierra
un pobre veterano de la guerra
donde en trances sacó nada felices
un pie de palo y varias cicatrices,
a un pastor que encontró por carambola,
le dijo en tono adusto:
-¿Cómo entre tanto arbusto
se ve con hojas esta encina sola? -
El pastor contestó:-Salió de madre,
aquel cercano río,
y estos arbustos deshojando impío,
perdonó sólo a esa gigante encina,
que llaman desde entonces la heroína
-Pues mire usted, compadre,
-replicó el veterano;-
es más digna de encomio la desgracia
de tanto arbusto enano,
que la gloria de ese árbol eminente;
porque no tiene gracia
que no la hollase el bramador torrente,
cuando tan alta levantó la frente.
Soy Juan Fernández, para quien sin duda
la trompa de la fama ha sido muda;
pues sepa usted que al redactar mi jefe
(que por Dios que era un grande mequetrefe)
las siguientes palabras:
voy a asaltar el muro,
en verdad le aseguro
como es usted lacayo de esas cabras,
que sólo en lance tal sufrió la mecha
el pobre Juan Fernández en la brecha.
¿Y qué sacó? Esta pierna de rebaja.
¿Y el jefe? Nada menos que la faja.
Y así Porque esta encina
desde hoy no vuelva, con su orgullo necio,
de tanto pobre arbusto con desprecio
a honrarse con el nombre de heroína,
o voto a Dios le rompo la cabeza,
o me entalla usted esto en su corteza:
Porque nació más alta, es más felice,

y porque es más felice, es la HEROÍNA.
¡Cuántos héroes habrá como esta encina!
Juan Fernández lo dice.

Fábula V

La igualdad

La col y la rosa

Una col en un cercado
probaba a una rosa bella
que era tan buena como ella
y aún de una tierra mejor.
-Mas aunque de cuna iguales -
dijo un pepino, -¡mastuerza!
¿dejarás tú de ser berza,
mientras que ella es una flor?

Fábula VI

Pelear por un mismo fin

Guerras civiles

Era un reino feliz en donde altivo
un partido de olivo un dios quería;
y otro partido que en el reino había
pidió el dios de aceituno en vez de olivo,
clamando guerra en su furor activo
al golpe asolador del hacha impía
fue tumba universal la monarquía,
de un yermo la nación fue ejemplo vivo.
Hecho el dios de aceituno a sus antojos,
un partido en sus glorias importuno,
lo encumbró sobre míseros despojos,
hasta que, el dios mirando de aceituno,
vieron por fin con desolados ojos
que aceituno y olivo era todo uno.

Fábulas VII y VIII

Salvar el honor con frases

- I -

El gallo y la liebre

Dijo un gallo a una liebre: -¡Huye, cobarde!
-¿Cobarde yo? -la liebre respondía;
pero atisbando a un galgo nada tarde
hasta más no poder, cobarde huía.
-Espera -dijo el gallo- un Dios te guarde.
¿No llamas a eso huir, señora mía? -
Y antes que, el galgo, la acercase el morro,
la liebre contestó:-No huyo, que corro. -

- II -

La liebre y el gallo

Gritó la liebre al gallo: -¡Anda medroso!
-Como el Cid -dijo el dueño del serrallo;
mas viendo no muy lejos a un raposo,
hizo una acción que por medrosa callo.
-Ten -la liebre exclamó,- gran Cid, reposo
-Pues ¿acaso esto es miedo? -Siguió el gallo.
Y al ver que se subía a un parapeto:
-No -le dijo la liebre,- eso es respeto.

Fábula IX

Descubrir la hilaza

Los aldeanos y el caminante

Viendo a unos aldeanos
que injertaban en roble los manzanos;
-¿A qué son tan ridículas mixturas -
les dijo un caminante -
Pudiendo a cada instante
comer bellotas o manzanas puras?
¿No echáis de ver que nacerán idiotas,
si vuestras esperanzas no son vanas,

ya bellotas que sepan a manzanas,
ya manzanas con dejos de bellotas? -
Aunque en roble villano
injertéis, gran señor, algún manzano,
pese a tanta locura,
al ver sus frutos con un deajo doble,
se ha de saber que tiene vuestra hechura
de manzano la sien y el pie de roble.

Fábula X

Glorias llovidas

El mastín y el conejo

Por la margen de un río iba un conejo
huyendo de un mastín con planta esquiva,
y al verle caer al agua sin consejo,
-¡Ya lo maté! -dijo con voz altiva.
Formando de conejos un consejo,
¡Viva el héroe conejo! -exclama:- ¡viva!
¡Oh, cuántos deben, con llovidas glorias,
a un azar del contrario sus victorias!

Fábula XI

Percances

El ladrón y el sargento

De los reyes con perdón,
oculto en cuanto robaba,
en un árbol se sentaba
como en un trono, un ladrón.
Cogió un sargento al bribón
y al árbol le ahorcó en su encono.
Sepa algún rey en su abono,
que a veces Dios, y no es falso,
ya hace trono de un cadalso,
ya hace de un cadalso un trono

Fábula XII

Tiranías justas

-¿Para qué llevas a ese mono? ¡Estúpido!
(dijo a un oso un lebrel).
-Porque el dueño que ves (responde el mísero)
me hace cargar con él.
-Pues rómpele de un trompis los omóplatos
(el lebrel replicó).
Fue el oso a ejecutarlo, pero súbito
miró al dueño y tembló.
-Muera y no temas (el lebrel famélico
le volvió a replicar);
no llevara yo en hombros a ese títere
estando en tu lugar,
Ser el burro de un mono es muy ridículo
(proseguía el lebrel;)
mata al dueño también, ya que tiránico
te hace cargar con él.
Yo sé de pueblos que después que imbéciles
el oso hicieron bien,
arrogantes mataron a sus déspotas;
mátalos tú también.
O vaya andando, como tú, ese zángano
en perfecta igualdad,
o si no, tus cadenas rompe heroico;
¡viva la libertad! -
Con calma escuchó el dueño esta filípica
sin sentido común,
y, dando un par al oso con el látigo,
dijo: -¡Valiente atún!
El oso, el mono y yo, lebrel sin cálculo,
hacemos una grey,
en la cual oso y mono son los súbditos,
mientras yo soy el rey.
El oso inepto, por mis reales órdenes
va andando con sus pies,
y el mono va sobre él, porque su mérito
nos mantiene a los tres.
Justa es que sirva a mono tan benéfico
el oso de alazán;
que para seres como este oso indómito,
no hay más que palo y pan
¡A los necios baldón; gloria a los útiles!
esto manda la ley.
Agur, señor lebrel; vos, oso bárbaro, seguid,

y viva el rey! -

Yo no sé si se arengó como un estólido,
el patriota animal;
pero responda el respetable público:
¿habló el dueño tan mal?

Fábula XIII

Un daño destruye otro

El dogo y los lobos

-¡Ay! -un dogo inocente
exclama triste en el confuso idioma
que los perros entienden solamente.
-No me coma, don Lobo, no me coma,
porque nunca a su raza la he debido
ni siquiera un ladrido,
y es más digno de garras tan atroces
cebarse en animales más feroces. -
El lobo, ya sobre él, no oye sus quejas,
(como quejas al fin de un infelice),
y meneando la cola y las orejas,
parece que le dice:
-Muere, pícaro, aquí, mal que te cuadre;
que aunque sé que a mi raza no has ladrado,
recuerdo, sin embargo, haber pasado
por donde en tono vil ladró tu padre.
-Pues mi padre hizo mal -clamó espirante;
y ya iba el lobo a devorarlo fiero,
cuando en el mismo instante
apareció otro lobo carnicero,
que mirando hacia allí con vista impía,
pudiérase decir que le decía:
-No le toques al pelo;
que con él quiero, por vengar mi afrenta,
solventar una cuenta
que me quedó a deber su infame abuelo.
-¡Infame abuelo! sí -pienso que dijo
el dogo en tanto aprieto;-
¿Y he de sufrir la muerte,
no sólo por ser hijo,
mas también por ser nieto?
¡Oh, ley, más que inhumana, del más fuerte! -

Encarados el lobo con el lobo,
el segundo al primero,
-suelta, le dijo, bobo;
verás cómo en tan bajo marrullero
vengo ta agravio con rencor profundo.
-Mil gracias -le contesta
el primero al segundo: -
yo solo en este impío
vengaré el honor mío.
Y sin otra respuesta,
-Es muy justo a mi ver -de nuevo dijo-
que el galardón de un padre herede un hijo.
-Pues alto ahí, compadre -
el segundo prorrumpe en son de queja;
-si así hilas la madeja,
es de mi contingente,
pues me ha ultrajado el padre de su padre.
-Mi ofensa es más reciente.
-La mía más añeja.
-Pues no le matarás. -Ni tú tampoco. -
Y con intento loco
se enzarzaron, embate tras embate,
en tan igual como feroz combate;
mientras que el triste dogo, muerto el perro,
se agacha humilde en tan atroz fracaso,
sufriendo las pisadas que por yerro
le desuellan la piel, sin ser del caso:
hasta que viendo la refriega entrada,
como quien no hace nada,
sin decir tus ni mus, huyendo el diente,
taimado se escurrió bonitamente.
¡Cuántas veces por ruines,
con encontrados fines,
traban lid importuna
dos enemigos fuertes
y no les dan ninguna,
por querer con afán darles dos muertes!

Fábula XIV

Hacer sonar a tiempo

El concierto de los animales

Supuesto que respira,

se hace oír bien o mal cualquier garganta;
y en esto no hay mentira,
pues mal o bien, el que respira, canta.
Hablen, si no, mil animales duchos
que dieron un concierto como muchos.
Y es fama que el sentido
no acompaña a los órganos vocales,
por lo que ha sucedido;
que en la patria de dichos animales,
cada cual presumiéndose asaz diestro,
gritó: -¡Caiga el león! ¡fuera el maestro! -
Cayó la monarquía,
y en república el reino convirtieron.
-Vaya una sinfonía
de nuestros triunfos en honor -dijeron -
cada uno cante cual le venga a mano:
ya no más director: muera el tirano. -
Comenzose el concierto,
cá-cá-ra cá gritando el polli-gallo:
y al primer desacierto
con un relincho contestó el caballo;
a-y-o, a-y-o Siguió el pollino;
pí-pí-pí el colorín, uff el cochino.
El mis y el marramau
cantó el gato montés, cual tigre bravo;
y con cierto pau-pau
le acompañaba el indolente pavo;
formando tan horrenda algarabía
que ni el mismo Luzbel la aguantaría.
El león destronado,
viendo el reino en desórdenes tan grandes,
-silencio, -dijo airado,
mostrando un arcabuz ganado en Flandes;
-el rey va a dirigir: atrás, canalla;-
y al verle cada cual, se amorra y calla.
-Vuelva a sonar la orquesta,
siguió el tirano, de Nerón trasunto; -
y ¡ay de la, pobre testa
de aquel que por gruñir me coma un punto!
¿Qué es replicar? No hay réplica ninguna.
Palo o canción: vamos a ver: ¡a una!
Y la orquesta empezando
pí-pí, cá-cá-ra-cá, mis-mis, miau-miau
siguió después sonando
o-y o, a-y-o, uff-uff, pau-pau, pau-pau.
Y tal sonó la música. que alabo,
que el mundo gritó absorto: -¡Bravo! ¡bravo! -

Fue el concierto, antes loco,
la maravilla, vive Dios, del arte;
y aunque gruñendo un poco,
cada animal desempeñó su parte,
aprendiendo, en perjuicio de su testa,
que sin buen director, no hay buena orquesta.

Fábula XV

Leyes fundamentales

Con ánimos sencillos
varios chiquillos cierto día un dado
para jugar hicieron;
y las leyes del juego los chiquillos
por seguir a la letra,
del dado aquel en cada faz pusieron
el uno, el dos, el tres, el cuatro...etcétera.
De niños entre el bando
alguno de ellos calculó prudente
que, por los bordes subrepticamente
la cara de su número limando,
siempre a la mesa en amoldarse esquivaba
quedaría, rodando,
la cara de su número hacia arriba.
De esta manera a todos el fullero,
como era natural, ganó el dinero,
hasta que al fin de sus falaces modos
apercibidos todos,
dando de su pericia muestras claras,
limando y más limando
fueron también dejando
convexas de sus números las caras.
De este modo el exdado,
por ángulos y bordes cepillado,
al impulso menor del aura sola
rodaba, ya se ve, como una bola.
Desde entonces el número de azares
se sucede a millares,
y la igualdad geométrica admirando
de equilibrio tan justo,
unas veces perdiendo, otras ganando,
se divierten los niños que es un gusto.
Con lengua atrabiliaria
a cada azar del inconstante dado

agotan su afición parlamentaria,
y sucede un discurso a otro discurso
sobre si el aire le sopló de un lado,
sobre si un pelo interrumpió su curso.
Y acaban las cuestiones,
su furor conteniendo en breves plazos,
los que son vencedores, a razones;
los que vencidos son, a sombreroazos;
y en caos importuno
alzándose hoy los que caerán mañana,
todos se pierden y ninguno gana,
ganando todos sin perder ninguno.
Y entretanto, sediento de emociones,
y ajeno el pueblo espectador del fraude,
aplaude tan continuas variaciones,
pues siempre el pueblo la comedia aplaude
si van y vienen sin cesar telones.
Desde el feliz momento
que la moral he oído de este cuento,
ignoro cómo hay gente
que idolatrar como a sus ojos pueda
la ley fundamental, que blandamente
a donde quiera que la impelen rueda.

Sección religiosa

Fábula I

Dios es causa de las cosas

La urraca, la rama, el árbol, la tierra y el sol

Al lado de una iglesia un olmo había,
desde donde una urraca escuchó un día
que un fraile predicaba de este modo:
Dios todo lo hace y lo dispone todo.
Torciendo entonces el agudo gesto,
dijo la atea urraca: -Por supuesto;
Dios dispondrá si quiere de lo suyo,
porque, yo sin sus órdenes arguyo

que, ya corro, ya vuelo,
según me viene a pelo,
y, aunque su ley traspase soberana,
hoy canto aquí porque me da la gana.
-Porque yo te sustento
(dijo la rama con sutil acento),
gracias al troneo adusto
que me encumbra robusto.
-Y yo (con acento ronco gritó
a la rama el tronco)
te encumbro a ti, porque la tierra amante
con brazo creador me alzó triunfante.
-Y yo te levanté (dijo la tierra,
sus entrañas abriendo en son que aterra),
porque ese sol que de su luz me inunda,
con sus rayos mis gérmenes, fecunda.
-Y yo (contestó el sol de orgullo lleno,
con voz de quien es eco el bronco trueno),
la tierra fecundizo,
porque el potente Ser que todo lo hizo,
desde mi trono alzado
hasta el último fin de lo increado,
la clara sombra de su luz me presta -
Desde entonces la urraca,
con una fe que su temor aplaca,
cuando oye prorrumpir en el otero,
«Yo canto estas rondeñas porque quiero;»
-Cantáis porque Dios quiere ¡bachilleras!
(grita a sus compañeras):
-¿Cómo ultrajáis al cielo de ese modo?
Dios todo lo hace y lo dispone todo.-

Sección moral

Fábula I

La carambola

El chico, el mulo y el gato

Pasando por un pueblo un maragato
llevaba sobre un mulo atado un gato,
al que un chico, mostrando disimulo,
le asió la cola por detrás del mulo.
Herido el gato, al parecer sensible,
pegole al macho un arañazo horrible;
y herido entonces el sensible macho,
pegó una coz y derribó al muchacho.
Es el mundo a mi ver una cadena,
do rodando la bola,
el mal que hacemos en cabeza ajena
refluye en nuestro mal, por CARAMBOLA.

Fábula II

Ganar el flanco a la suerte

El piloto y su aprendiz

-¿De qué modo tan vario,
un aprendiz a un náutico decía, -
sigue usted siempre la trazada vía,
ya sea el viento próspero o contrario? -
Entonces el piloto le contesta,
mientras que el otro copia la respuesta:
-Si ves que por la popa arrecia el viento,
sin torcer el timón, recto camina;
si es por la proa, gana el barlovento;
y si es por el babor, marcha en bolina. -
Así en el mar del mundo, el buen piloto,
no exponiendo el bajel a innobles tumbos,
por donde quiera que le acosa el noto,
gana puerto también, trocando rumbos.

Fábula III

Partidas de ruines

El galgo y el podenco

Persiguiendo un conejo de gran traza,
al ladrador podenco dijo el galgo:
-Calla y no ladres tanto, mala raza,

que maldito sea yo si sirves de algo.
¿A qué venimos -prosiguió- de caza,
si en saliendo la espantas, mal hidalgo? -
Así el ruin, que seguirlo en vano intenta, _
porque otro no lo alcance, el bien ahuyenta.

Fábula IV

La justicia en un cuento

El viejo y el mendigo

Rodeado el tío Blas de gente,
dijo: -Vaya un cuento ahora; -
y ya iban tres cuartos de hora,
cuando él iba en lo siguiente:
-Aunque pobre, el juez prudente
le hizo justicia, al momento. -
Y un pobre, que oía atento,
dijo al tío Blas con malicia:
-¿Pobre, y se le hizo justicia?
Dice usted bien: eso es cuento. -

Fábula V

Virtud y orgullo

La encina y el rosal

¡Mezquina es tu existencia, -
a un humilde rosal dijo una encina,-
pues arrastras al par de mi opulencia
tu existencia mezquina! -

De una santa en las fiestas placenteras,
bajaron a coger unos pastores
ramaje de la encina para hogueras,
y del rosal, para la imagen, flores.
Ornó el rosal la imagen peregrina,
y entonces me presumo
que mirando en la hoguera arder la encina,
exclamó al darle el humo:

No afrentes al humilde con tu fausto
que el día de la prueba, en acto innoble,
con ignominia doble
tal vez sirvas de incienso a su holocausto.

Fábula VI

El método

El mancebo y los pájaros

Vio Gil de un árbol caer
cinco pájaros, y todos,
corriendo por varios modos,
los quiso a un tiempo coger.
-Deja, buen Gil, de correr,
que no cogerás ninguno.
¿A qué tras cinco ¡importuno!
a un tiempo vas con ahínco,
si para coger los cinco
tienes que empezar por uno?

Fábula VII

La piedad bien entendida

El muchacho, el podador y el manzano

A un manzano podaba un hortelano,
y un muchacho con íntimas querellas,
-¿Por qué -decía a gritos -inhumano
del tronco a quitar vas ramas tan bellas?
-Córtalas, podador -dijo el manzano,-
que se me quiere encaramar por ellas. -
El tal rapaz, que procuraba arguyo
el bien ajeno en beneficio suyo.

Fábula VIII

Baladronadas

La vid, el olmo y la yedra

En continua querella,
una vid y una yedra, a un olmo asidas,
se despreciaban, de odio estremecidas,
poniéndose a su vez de más es ella.
-¿ Ves aquel ave, que en tendido vuelo -
dijo la vid por fin- ya besa el cielo?
-Pues si quiero subir, sin más arrimo
le llevo a que meriende este racimo. -
-Pues si me subo yo -dijo la yedra,
que sólo asida de los olmos medra-
formo un dosel al cielo,
que, interpuesto entre el sol, enlute el suelo.
Vamos a ver si no -siguió importuna.
-Vamos -dijo la vid: -¡A una! -¡A una! -
En tono el más sencillo,
-¡No, por Dios; no, por Dios! -gritó un tomillo-
que pueden sus bravuras
dejar el mundo a oscuras.-
Llegando ya de su impaciencia al colmo,
dijo al tomillo el olmo:
-Puedes perder el miedo, en mi conciencia,
si nadie miedo a los cobardes tuvo,
pues sé por experiencia
que jamás subirán si yo no subo. -

Fábula IX

Un bobo hace ciento

La mona, el mono y el loro

Con la faz más espantosa,
la mona de un mercader
en ilusión deliciosa
recordando cualquier cosa
reía a más no poder.

Como un mono la veía,
que por boba la tenía,
reír sólo para sí,
de ella el mono se reía
con un burlesco jí jí.

Un loro que al mono vio,
por loco lo tuvo ya
y también de él se rió,
y sin cesar prorrumpió
en un já já y más já já.

Cuando al pasar por allí
oía al simple del loro
la gente, fuera de sí
reía, diciendo a coro,
unos já já, otros jí jí.

Y aunque de bobos la hornada
ya siendo muy larga va,
siquiera por la bobada
conmigo la carcajada
soltad, diciendo: ¡já! ¡já!!

Con lo cual probar intento
-que, con remedio servil,
en este mundo, y no es cuento,
así como un loco ciento,
llega un bobo a hacer cien mil.

Fábula X

Contras de la mala fe

Los dos gorriones

-Llégame el comedero -
dijo a un gorrión otro gorrión muy maula.
-Pues ábreme primero -
contestó aquél -la puerta de la jaula.
-¿Y si al verte ya libre, en tu embeleso,
te vas sin darme de comer en pago?
-¿Y quién me dice a mí -responde el preso,-
que me abrirás, si llenas el monago? -
y en conclusión, por si ha de ser primero
llegar el comedero
o correr el alambre,
quedose el enjaulado prisionero
y el hambriento volvióse con el hambre,
¡Digno amigo, por Dios, de tal amigo!
Y ahora diréis, y bien, como yo digo:

¡Vaya, que son en ciertas ocasiones
lo mismo que los hombres los gorriones!

Fábula XI

De pequeñas causas grandes efectos

El pastor y el insecto

Cantando Gil, vio de un insecto el nido,
y le holló con pie rudo;
y aunque oyó de mil tristes el gemido,
siguió cantando de piedad desnudo.

Viendo el insecto hollados A sus hijos,
subiose a la montaña,
y en el chopo más alto ayes prolijos
lanzó exhalando su impotente saña.

Era el tiempo en que vientos y nublados,
desatando los cielos,

igualan con los montes los collados
copiosas nieves y abundantes hielos.

Por vengarse de Gil, cargó sañudo
con un copo de nieve,
carga mayor con que el insecto pudo.
¡De tan grande furor venganza leve!

Suelta el copo, al encono que le inflama,
desde el altivo chopo,
y engruesado al bajar de rama en rama,
fuese aumentando el invisible copo.

Ya el germen infeliz de inmensa ruina
de hoja en hoja bajando,
y un copo y otro copo arremolina,
y otros cien mil, que auméntanse rodando.

Cruje la mole, escasa todavía,
mas en creciente extraña,
ya un monte desatado parecía
el declive al bajar de la montaña.

El alto roble y la empinada encina
a su impulso arrollados,
amenazaban convertir en ruina
del pobre Gil apriscos y ganados.

Y al ver la mole, el insectillo en tanto,
que lo arrasaba todo,
parodiando de Gil el fiero canto,
tarareó esta canción allá a su modo:

¡No hay venganza que un ruin, si está ofendido,
tomar no pueda en pago,
cuando un copo de nieve desprendido
la causa llega a ser de tanto estrago.

Fábula XII

Si eres débil, sé prudente

El perro y la rana

-Calla, maldita rana -
un perro desde un hato prorrumpía:
y ella car car y más car car seguía,
como quien dice: -«no me da la gana.» -
(Esta rana, en invierno y en verano
cantaba por decreto sobrehumano,
aunque jure algún sabio, echando un terno,
que nunca ha visto ranas en invierno.)
-«¿Conque te sales -dijo aquél -del río.
para venir a incomodarme al hato?
Por Dios, que si no hiciera tanto frío,
anoche salgo, te sorprende y mato.
-«Car car car, car car car» -siguió la rana
burlándose del perro con orgullo.
-¿Y es posible que creas
le contestó la vana, -
que en moviendo tú un pie yo me zambullo?
¡Car car car! ¡car car car!» -«Maldita seas!»
clamó el perro siguiéndola enojado.
La rana, de contado,
¡cataplum! se echó al río;
mas como helado estaba por el frío,
sin concederle plazos,
sobre el hielo el mastín la hizo pedazos.

No insultes al más fuerte,
aunque libre, al huir, tengas el paso;
que si lo encuentras obstruido acaso,
como la rana sufrirás la muerte.

Fábula XIII

Amar por las apariencias

El alcornoque y la enredadera

Nació una enredadera
al pie de un alcornoque descarnado;
vistiole de manera,
que fue en la primavera,
siendo un bodoque ruin, blasón del prado.

Como propios primores
lucía el corcho vil ajenas galas,
siendo con tantas flores
envidia de pastores
y blanco del amor de las zagalas.

-¡Oh, qué árbol tan florido! -
decían; -¡qué gentil, qué primoroso! -
Elogio merecido,
pues gracias al vestido,
por Dios que el alcornoque estaba hermoso.

Mas llegaron sin cuento
del otoño las ráfagas sonoras,
y soplando violento,
dejo alcornoque el viento
al que el ídolo fue de las pastoras.

¡Cuántas de esta manera,
Elvira, adoran a un galán bodoque,
y hasta que el aura fiera
lleva la enredadera,
no advierten que han amado a un alcornoque!

Fábula XIV

Escusas necias

El cuervo y el reptil

Hacia el nido de un cuervo
sube un reptil protervo,
que de otro manjar falto,
de huevos se apercibe;
mas al dar el asalto
creyendo al cuervo ausente, oyó: -«¿Quién vive?»

-Perdone usted; no es nada
(dijo con voz turbada);
el hallarme soñando
mi indiscreción abone;
pues llegué aquí rodando;
mas desperté, y me vuelvo: usted perdone.

-¡Hola, traidor vecino!
(dijo el cuervo ladino),
¿cuando el sueño te priva,
sin costarte trabajo
te ruedas hacia arriba?
Pues a ver cómo ruedas hacia abajo. -

Y remontando el vuelo,
lo suelta desde el cielo,
por más que ya difunto
el reptil lo rehúsa,
y plaf, reventó al punto.
¡Digno castigo de su necia excusa!

Fábula XV

El diablo predicador

El beodo en el festín

Un beodo en una orgía:
-«Brindo por que el alto cielo
purgue de vicios al suelo,» -
con voz de trueno decía:
-«¡Guerra al vicio!» -repetía,
y un vaso apuró hasta el poso.
Que en este mundo engañoso,

dando al labio torpe oficio,
hay quien habla mal del vicio
siendo él el primer vicioso.

Fábula XVI

Delirios del amor

La niña halagüeña

Los que vuestro amoroso pensamiento
tenéis por el non plus, oid un cuento:
A un enfermo una niña cierto día
acariciaba con honesto modo,
y en la ilusión de su placer decía:
-Mi rey, mi luz, mi sol, mi Dios, mi todo. -
Y para que veáis de qué manera
el afecto su juicio turbaría,
el rey, el sol y el dios, ¿sabéis quién era?
Un dogo que de ahilado se moría.

Fábula XVII

Lisonjas viles

El enfermo y los dos médicos

Más tenaz cada día
esto a un enfermo un médico decía:
-Si bebe usted más agua,
es indudable que su muerte fragua. -
Sediento el otro en tanto,
le dio su pasaporte, y otro al canto.

Fuese el doctor primero,
enterando del caso al compañero;
pero el doctor segundo,
más inepto que aquél, o más profundo,
dejó de buena gana
que se ahitase el pobre hombre como rana.
Pues señor, murió ahitado;
y al morirse, contento de su estado,
del que le daba vida

aún blasfemó, mientras que a su homicida
colmó de bendiciones.
¡Lo que vale halagar a las pasiones!

Fábula XVIII

Acusar delitos propios

La urraca y la gallina

-¡Qué escándalo! -en tono fiero
una gallina decía
a una urruca que comía
las flores de un limonero.
-¡Que se come, jardinero,
de las de arriba a destajo!
-Celebro tu desparpajo -
contestó la urraca altiva:
-¡No he de comer las de arriba,
si no has dejado una abajo? -

Fábula XIX

No hay mal como un falso amigo

El jilguero y el reclamo

De pájaros un bando
al asomar el día,
iban al aire blando,
pí, pí, pí, pí, cruzando
en dulce compañía.

Mudaron el intento
oyendo que un reclamo
pí, pí, pí, pí, a su acento
les respondió contento
cabe un pulido ramo.

Y en giros desiguales,
cercándole en gran copia
para llorar sus males,
como la acción más propia

de amigos tan leales,

posándose un jilguero,
cayó en la liga impía
que armada le tenía
un cazador artero,
que cerca lo veía.

Se aleja el bando espeso
viendo el caso infelice,
y en tanto el triste preso

con inútil exceso
luchando en vano, dice:

-Nada, ¡ay de mí! consigo,
pues en tan fiera lucha
más cada vez me enligo. -
¡Triste de aquel que escucha,
la voz de un falso amigo!

Fábula XX

Nunca una moral nos cuadra

La madre, el hijo y la concurrencia

Fastidiaba a una noble concurrencia
una madre amorosa, que asentaba
que de Adolfo a admirar iban la ciencia
si alguna fabulilla recitaba.

-Ven acá -dijo- niño.

Y Adolfo, al escuchar su voz severa,
con mucha más pereza que cariño,
la fábula empezó de esta manera:

-LA OVEJA Y EL CORDERO. Cierta día
la oveja, con el tono que ella sabe,
daba a su hijo lecciones de ser grave,
las que él pronto olvidaba, o no aprendía.
¿Lección diréis, y en una edad tan corta?
Es necio, sí. Mas voy a lo que importa.
La oveja en vano en enseñar se ahínca,
porque el hijo no aprende una palabra;
mas corre, y viene, y va cual suelta cabra,
y vuelta, y dale, y brinca que te brinca.

La madre del cordero era tan porra... -
Truncó Adolfo la historia de repente,
cual cayendo en estúpida modorra;
y es que viendo de dulces una fuente,
de su memoria en mengua,
dura como el turrón quedó su mente
y en agua vuelta la movible lengua.
-Sigue, niño -la madre le decía.
-Era tan porra... -el niño repetía.
La madre con sus guiños lo hostigaba;
-Y tan porra... -el muchacho replicaba.
Y con que si era porra, o no lo era,
llegó a cansar la sociedad entera.
La madre al fin lo dijo, ya corrida:
-Aparta, que estás siendo, majadero,
más torpe que el cordero de la historia. -
Y ¡oh, qué frágil memoria!
¡no acordarse que ella era distraída,
más porra que la madre del cordero!
No hay acción mala o buena
que aplicación no tenga, si es ajena,
más siendo propio el caso,
jamás la aplicación nos sale al paso.

Fábula XXI

La curiosidad

Los dos esposos y el veneno

Para matar ratones
hizo Guzmán algunas confecciones,
las que encerradas con rigor tenía
en un lugar, en el que escrito había:
«Ninguno, para cosa mala o buena,
me llegue a esta alacena.»
Su mujer, Blasa, que con él reñida
la mayor parte estaba de su vida
(porque según la vecindad pregona,
tanto como curiosa, era gruñona),
presumió que su esposo allí encerraba
el tósigo fatal con que trataba
de castigar su eterna impertinencia
(señal que le argüía la conciencia),
y buscando las viles confecciones,

encontró el solimán. ¡Qué imprecaciones!
-¡Un veneno! -frenética decía;
-¡Un veneno!! ¡un veneno!!! -repetía.
Y con verle y tocarle aún no contenta,
llega, lo huele, pruébalo, y revienta.
Si lo ven por acaso,
atad a los curiosos corto el freno,
o apurarán el vaso
aunque escribáis sobre él: -aquí hay veneno.-

Fábula XXII

De los males el más visto

El médico y el inválido

Un inválido a un médico decía:
-Si me corto esta pierna gangrenada,
¿podré vivir, al parecer de usía? -
Y el médico dudando respondía:
-Podrá ser por acaso, camarada.
-La duda -replicó- no me hace al caso.
Mas si la corto, ¿sabe si de fijo
podré vivir aunque no dé ni un paso? -
Dudando siempre el médico, le dijo:
-Podrá ser, camarada, por acaso.
-Pues si al cortarla ataco la existencia,
y el no cortarla es un dudoso medio,
a la cura prefiero la dolencia. -
Yo también prefiriera, en mi conciencia,
morir antes del mal que del remedio.

Fábula XXIII

Efectos de la injusticia

El lugareño y el magnate

Un señor de calidad,
por dar, con magia distinta,
a su vida variedad,
se iba en verano a la quinta
y en invierno a la ciudad.

Tras la casa del señor
la de un labrador había,
ruin casa en que al labrador
así el hielo le atería
como le asaba el calor.

Por más de cincuenta abriles
fue casa de tanta mella
nido de gorriones viles,
y a la del señor desde ella
pasaban después a miles.

Incomodado el usía
porque al asomar el día
los gorriones con empeño
con su chau chau, si dormía,
le interrumpían el sueño,

la casa del labrador
furioso sin más arrasa.
¿Tal sinrazón, diréis, pasa?
Era más rico el señor,
y vino abajo la casa.

Sin casa ya los gorriones
do anidar en los abriles,
del otro a los murallones
fueron después, más que a 'miles
los malditos, a millones.

Y a cada instante al señor
cantándole el aleluya,
lo entraron en tal rencor,
que cual la del labrador
tuvo que arrasar la suya.

Justo premio al que inclemente
pudo dejar sin consuelo
a un labrador indigente.
Siempre se ensucia la frente
el loco que escupe al cielo.

Sección filosófica

Fábula I

No siempre el bien es fortuna

El pájaro encarcelado

En una jaula un ave
nació y vivió contento,
sin cruzar nunca el viento
con revolar süave.
¡Qué vanamente grave,
porque más no desea,
de una a otra barandilla
con voluntad sencilla
cantando se, pasea!
Créalo quien lo crea:
mas lo cierto es que el preso
nunca con loco exceso
en ocasión ninguna
maldijo la fortuna,
ni tuvo a vituperio
su dulce cautiverio.
Por último, es el caso
que un día que la puerta
vio de la jaula abierta,
llegó paso tras paso,
a la vecina huerta.
¡Cómo entonces contento,
con emoción extraña
goza en la azul campaña
del extendido viento
la libertad querida,
nunca por él sentida!
De rama en rama vuela
con la calma inefable
de la virtud amable
que el crimen no recela,
y al más cercano arbusto,
lanzándose con gusto,
quedó a la liga en suma
presa otra vez su pluma.
¡Triste imagen del hado

fue el pájaro inocente,
pues se trocó su estado
tan repentinamente!
Tornó a ver a despecho
la antes prisión amada,
mas nunca la alborada
volvió a encomiar su pecho
con su común tonada.
-¿Por qué con tal quebranto -
su dueña le decía,-
mi gozo y tu alegría
no ensalzas con tu canto
cual suceder solía? -
Sin dar respuesta alguna,
las penas una a una,
con el dolor más grave
de su dueña querida,
acabaron del ave
la macilenta vida;
que aunque en la cárcel fiera
pasó la vida entera
sin que echase de menos
los céfiros serenos,
después que hubo probado
su esfera siempre amena,
cuando volvió a su estado
murió el triste de pena.
¡Huid, mentido bando
de alegres ilusiones,
que nos henchís, pasando,
de locas ambiciones!
¡Dejadme que tranquilo
muera en mi pobre asilo,
pues que sólo un momento
vive el mayor contento!
¿Por qué queréis que ansioso
deje mi humilde estado,
si es más desventurado
quien fue una vez dichoso?

Fábula II

Yendo a más, venir a menos

La abeja, el burro y la rana

La abeja, de una rama de romero
formaba su panal de mieles rico;
mas la rama encontrando en un lindero,
se la comió un borrico.
¡Pobre rama olorosa
que el blasón iba a ser de los panales,
y ya entre las mandíbulas asnales
podrá ser, menos miel, cualquiera cosa!
¡Oh, qué bien con su ejemplo nos declama
lo inestable del destino,
cuando al ir a ser miel la noble rama
el pienso quedó a ser de un vil Pollino!

Fábula III

Caprichos del hado

El escultor y los dos troncos

Cierto escultor un día
viendo dos troncos, entre sí decía:
-De este zoquete vil, lleno de lodo,
un San Roque he de hacer con perro y todo;
y éste, aunque para santo mejor era,
del templo servirá para madera. -
Así el hado cruel, que engaña a tantos,
convierte, con tristísimos ejemplos,
en madera de templos a los santos,
y en santos la madera de los templos.

Fábula VI

Placeres falsos

El muchacho y la manzana

Tiró Andrés una piedra a una manzana
y por dar a la fruta, dio al ambiente;
tirole la segunda: ¡empresa vana!
la tercera tiró: ¡malditamente!
tiró otra, en fin: cayó; mas de tal gana,
que con golpe mortal hirió su frente.

Hay bienes que en llegando, al mal iguales,
la cabeza nos rompen cual los males.

Fábula V

Deseos locos

El pastor y el navío

Del mar en la ribera

quejábbase el pastor de esta manera:

-¡Oh, qué sordas que tiene a mis congojas
el cielo las orejas,

pues no me saca de zagal de ovejas,
patituertas las más, y algunas cojas!

¡Quién me diera, halagando mi albedrío,
dirigir, por ejemplo, aquel navío,
y a la playa arribar del indio o moro,
para volver con él cargado de oro!

¡Por amigos tuviera y por amigas
entonces a señoras y señores,
pese a cuantas ovejas y pastores
rumiaron yerbas o mascaron migas!

Mas ¡ay! la suerte fiera
me arrastra, sea invierno, sea verano,
desde el monte al redil, y de éste al llano;
y aunque oirlas no quiera,
me hace escuchar las simples avecillas,
que por más maravillas
que dicen que hacen los que de ellas cuentan,
cada vez que las oigo, me revientan. -

Así el pastor decía,
cuando el bajel ya apenas se veía,
y su intenso dolor llegaba a tanto,
que sus mejillas inundó de llanto.
Era al morir el sol, según asienta
quien dijo que del ábrego la saña
removió aquella noche una tormenta
que ni la oyó el pastor en su cabaña.
Al otro día su manada entero,
condujo, como siempre, a la ribera
y del mar acercándose a la orilla,
vio aquí y allí fragmentos de una quilla.
Buscando del naufragio indicios ciertos,
halló al fin gavias, y después mesanas,

trinquetes desvelados, hombres muertos...
¡leves cimientos de esperanzas vanas!
Entonces se acordó de su navío,
y viendo fin tan triste,
-¡qué bien hiciste, oh Dios, qué bien hiciste
en coartarme -dijo- el albedrío! -
Y sin ver que a los muertos hacía agravios,
una sonrisa se asomó a sus labios;
y escuchando las simples avecillas,
que hacían, según dijo, maravillas.
tradijo de sus plácidos gorjeos:
Modera tus deseos.
Aunque pierdas, llorando, tus encantos,
no halagues esperanzas indecisas;
cada muerta esperanza brota llantos;
cada llanto vertido engendra risas.

Fábula VI

De gustos no hay nada escrito

El conejo, el gallo y el cerdo

Cada QUISQUE celebra, y es muy justo,

lo que es más de su gusto.

Por un gallo lo digo,
que de una huerta picoteando el trigo,
así a un conejo hablaba
que, haciendo muecas, una col rumiaba:
-¿No admiras este trigo, buen conejo,
gordo y gentil cual castellano viejo?
-¿Quién ha visto manjar de más decoro?
Como soy que parecen granos de oro.
-Aprensión, friolera, bobería -
el rumiador conejo respondía. -
Siempre a mi noble raza más le plugo
de tierna berza el agridulce jugo.
Viendo así despreciado su
condimento amado,
el gallo incontinente,
para buscar un juez más competente
se encaramó a las tapias de la huerta

como vigía que se pone alerta,
y preguntó a un cochino
que acertaba a pasar por el camino:
-Dime, si te ofreciesen cuando almuerzas
buen trigo y buenas berzas,
¿qué cosa te comieras, caro amigo? -
El cerdo contestó: -Berzas y trigo.

Fábula VII

Los lindes del bien y el mal

El poeta y los lectores

Si escucháis esos míseros lamentos,
son del difunto rey los funerales;
y esos vivas que ruedan por los vientos,
del rey nuevo los cantos inmortales.
Mas diréis entre penas y contentos:
-¿Se cantan bienes, o se lloran males? -
Nadie el linde a marcar se atrevería
que separa el pesar de la alegría.

Fábula VIII

La inocentada

La madre y el hijo

-¡Ubb!! -en inocente fiesta
una madre con cariño,
gritaba a un hermoso niño
con una máscara puesta.

Mas de sus gustos avara,
al ver que lloraba el hijo,
arrojándola, le dijo:
-Tonto, si tengo otra cara.

Y del candor a merced,
a cuantas después hallaba
el niño las preguntaba:
-¿Cuántas caras tiene usted? -

Y es fama que ya crecido,
llegó el niño a asegurar
que todas suelen mudar
la cara con el vestido.

Fábula IX

Liviandad de nuestras glorias

El joven y el reloj de arena

Viendo un reloj de arena,
paseábase Román con faz serena.
-Pasa luego -decía,-
hora cual nunca impía;
que pronto Inés, con amoroso fuego,
me esperará en la reja; pasa luego. -
Y dando vueltas, su mirar sombrío
en el reloj fijaba, asaz tardío,
hasta que al fin echó de ver que insano
atascado se hallaba un leve grano;
y saliendo a la calle diligente,
llamó a la reja, pero inútilmente:
volvió a llamar de nuevo,
más ya no estaba Inés: ¡pobre mancebo!
¡Quién por buscar se apena
de este mundo las dichas ilusorias,
cuando un grano de arena
rémora puede ser de nuestras glorias!

Fábula X

La dicha es un acaso

Los cien cuerdos y el bobo

Si mal no lo recuerdo,
un bobo entre cien cuerdos, por acaso
(y aquí diré de paso
que hay a veces mil bobos por un cuerdo),
admiraba el espléndido palacio
do la fortuna desigual moraba,

tan rico, que a sus ojos se mostraba
con puertas de oro y muros de topacio.
La señora fortuna,
que del mundo entre todas las señoras
tal vez no habrá ninguna
que la gane a mudarse a todas horas,
se le antojó salir en aquel día
a hacer a uno feliz: ¡quién lo diría!
Al verla los cien cuerdos
(en verdad nada lerdos),
con presteza importuna
-¡la fortuna! -prorrumpen- ¡la fortuna!,
y arrancan en pos de ella,
mientras que, presurosa,
si bien como ellas bella,
como mujer al fin, huyó alevosa;
y si como ellas es verdad que huía,
como mujer también les sonreía.
Al verla el bobo huir con tal exceso:
-Vaya con Dios -la dijo el muy camueso;-
y en celestial arrobó,
dándosele una higa
porque alguno la siga o no la siga,
a dormir se tendió: ¡maldito bobo!
Siguiéronla los cuerdos locamente,
pero con tal ahínco,
que alguno por correr dio un falso brinco
y se aplastó la frente.
Otros perdieron sólo el sufrimiento;
y otros, menos felices,
el camino sembraron, y no es cuento,
de piernas, ojos, brazos o narices.
De engañar a los cuerdos ya cansada
la señora fortuna, siempre porra,
ganándoles las vueltas como zorra,
determinó volverse a su morada.
Mas ¡oh imprevisto caso!
pues cuando al ir su paso
el linde a trasponer de la ancha puerta,
¡tropieza con el bobo y le despierta!
-¡Caíste en el garlito!
gritó el simple, cual bollos los mofletes:
y sin andarse en dimes ni diretes,
con ella en casa entró: ¡bobo maldito!
Yo llames, Fabio, tonto
al que cual tú no corre tras la gloria;
por correr más, no llegarás mas pronto:

pregúntaselo al bobo de la historia.

Fábula XI

La vida y la muerte

El padre y sus hijos

Juntos con su padre estando
Ana y Luis una mañana,
al plañir de una campana
Luis se santiguó rezando.

Y Ana exclamó con desprecio:
-¿Por qué rezas? -Y él al punto:
-Rezo -dijo- a ese difunto.
-Si es que ha nacido uno, necio. -

Y viendo afrentado al hijo,
el padre, con faz severa
mirando a la retrechera,
con voz solemne la dijo:

¡No es rara equivocación,
pues para ambas cosas, Ana,
siempre una misma campana
toca con un mismo son!

Fábula XII

A un gran mal otro mayor

El rruiseñor y el ratón

Clamó un ratón sin consuelo,
preso en una cárcel fuerte:
-¡Imposible es que la suerte
pudiese aumentar mi duelo! -
Y alzando la vista al cielo
para acusar su dolor,
le preguntó un rruiseñor
de un halcón arrebatado;
-¿Truecas conmigo tu estado? -

Y él contestó: -No, señor. -

Fábula XIII

Del tronco sale la rana

El potro y la yegua

Era una yegua pía,
que sin ánimos ya para dar coces,
a un hijo que tenía
así lo reprendía,
si no con éstas, con iguales voces:
-No des coces ¡impío!;
maldita sea tu costumbre ingrata:
cual yo modera el brío;
ten presente, hijo mío,
que es mala educación sacar la pata. -
Al decir -bien- el hijo,
la saludó con singular donaire
de puro regocijo,
después de lo que dijo,
miles de coces disparando al aire.
Y en ocasión tan calva,
si los hallase en parte más contigua,
presumo que en la salva,
al lucero del alba
y a la madre, de un par me los santigua.
-¿De quién aprendería -
siguió la yegua -inclinación tan basta?
La zorra pues la oía;
-De nadie -le decía,
-creálo usted, vecina: ésa es la casta. -

Fábula XIV

Lecciones amargas

El padre, el hijo y el perro

Bramaba el viento agitado
cuando subían a un cerro
un padre en su hijo apoyado

y detrás de ambos un perro.

Y con mortal pesadumbre
el viejo desfallecido
cayó exánime en la cumbre,
entre la nieve aterido.

Y -marcha- al joven le dijo;
-no encuentres cual yo la muerte.
-Pues adiós -contestó el hijo,
y huyó temiendo igual suerte.

Mas desde un monte cercano,
libre ya de todo empeño,
vio que más fiel el alano
quedó a morir con su dueño.

Fábula XV

La muerte todo lo iguala

La vuelta del campesino

Halló al volver con otros a su tierra
un nuevo cementerio un campesino,
y al cruzar por enmedio del camino
vio escrita en él esta inscripción que aterra:
-UN PONCE DE LEÓN aquí se encierra:
dobla al pasar la frente, ¡oh peregrino!
y acata humilde al que postró el destino,
recto juez en la paz, y héroe en la guerra.
Fija la vista en los eternos bronce,
gestos de admiración haciendo extraños,
dijo turbado el campesino entonces:
-¡Por Dios que son terribles desengaños!
¡Quien les dijera a los ilustres PONCES
que aquí enterré yo un burro hace dos años! -

Fábula XVI

No hay dicha cumplida

El placer y el pesar

Al descender al mundo
el pesar y el placer, fuerte el primero
y débil el segundo,
con afecto profundo
llamáronse el uno al otro -compañero.-

Sucedió que un cualquiera
encontrando al placer, con fuertes lazos
(por fuerza que un tonto era),
le estrechó de manera,
que por poco el placer muere en sus brazos.

Y no cometió dolo,
ya que pudo, en gozarle, el buen mancebo,
pues juro por Apolo
que si lo hallara solo
le dejara este cura como nuevo.

Al verse así ultrajado,
para el mozo el placer pidió un castigo,
y el pesar de contado,
de dolores cercado,
voló en defensa de su flaco amigo.

-De hoy nos verá la gente -
con amor se dijeron sin segundo,-
juntos eternamente! -
Eterna y juntamente
desde entonces acá los halla el mundo.

Por eso, si por suerte
ves, como el mozo, al que placer se nombra,
apercibido advierte
que para herir de muerte
recatado el pesar vela a su sombra.

Fábula XVII

Bienes prometidos

El mundo al empezar, si bien me fundo,
Júpiter trajo al mundo,
para dar por igual a los mortales,
en una arca los bienes

y en otra arca los males.
Cogió el arca primera
(que por mi mal la de los males era),
y el censo atroz de los odiosos males
distribuyendo con piadoso intento,
ciento a Luis, ciento a Juan y a Ramón ciento,
quedamos, salvo error, todos iguales.
Abrió el arca segunda
y tanto criminal (que Dios confunda)
acudió a ver los bienes, que brillante
lucían cual riquísimos diamantes,
que al fin los más bribones
entraron de robar en tentaciones.
Por detrás un avaro sin decoro
sustrajo bienes mil (mil onzas de oro);
y un alcalde (un truhán) dando pisadas,
diez bienes se apropió (diez alcaldadas);
aquí un lascivo su placer corona
con una virgen que aspiró a matrona.;
allí un poeta (un cándido, presumo)
tan sólo robó un bien (la gloria; ¡humo!),
y un ruin magnate, de nobleza rancia,
veinte bienes sustrajo sin conciencia,
reducidos, en última substancia,
a diez y nueve cruces y un vucencia.
Tantas eran, por fin, las sustracciones
de ambiciosos, avaros y ladrones,
que Júpiter, atándose la capa
(lo que prueba la fe de los humanos),
andaba con los pies y con las manos
por aquí y por allí tapa que tapa.
Al ver tanta ruindad en los mortales
por último el buen dios perdió la calma,
y llevándose el arca en cuerpo y alma,
dijo, al cerrar las puertas celestiales:
-Yo juro por esta arca que ahora encierra
los bienes que el mortal anhela tanto,
de no sacar un bien ni aún para un santo,
hasta que no haya infames en la tierra. -
Dijo así el dios; y el diablo que lo oía
(pues siempre anda del hombre en compañía)
gritó a la gente, que se vio burlada,
lanzando una insolente carcajada:
-Noble mortal, mi digno descendiente
(lo cual nunca en tus actos se desmiente);
el dios que escuchas, de inocencia lleno,
sus bienes te promete, en siendo bueno:

si hasta entonces no aguardas otros bienes,
acuéstate a dormir, que tiempo tienes.

Fábula XVIII

Principio y fin de las cosas

El labrador y la morera

Primera parte

Juan plantó una morera,
que el que, después de un año, la veía,
con la fe más sincera,
loando sus primores, prorrumpía:
-¡Bien haya el hacedor de tal hechura!
qué flor, qué tronco, qué hoja, qué verdura!

De seda unos gusanos
sus hojas agotaron roedores,
y con dardos insanos
dieron fin las abejas a sus flores,
dejando el árbol de tan ruin manera,
que Juan lo hizo cortar: ¡adiós, morera!

Así, en suertes no iguales,
llegaron, con destino bueno o malo,
las flores a panales,
las hojas a ser seda,,a efigie el palo;
pues os advierto que en mudanza tanta
del rudo tronco Juan hizo una santa.

Y cual de la morera
tuvieron hoja y flor vario destino,
de la misma manera
los hombres tienen encontrado sino;
que el destino es inestable como el viento.
Mas, basta de moral, y siga el cuento.

Segunda parte

A mi lugar un día
la gente se agolpó de la comarca,

do festejar solía
la virgen que llamamos de la Barca;
santa que yo adoré, santa que aún era
la misma que hizo Juan de la morera.

Y a través de un concierto
que en el templo sonaba en alto coro,
(bastante mal por cierto),
sin oír lo sonoro o no sonoro,
a una vela escuché, no sin trabajo,
que decía a la santa por lo bajo:

-¿Cómo estamos, hermana?
Yo soy hija también de la morera.
En mi suerte tirana,
fui flor, llegué a panal y ahora soy cera.
¡Quién al ver la morera nos diría,
que al ser lo que eres, lo que soy sería! -

-Su desdén me acongoja -
dijo el vestido de la santa entonces;
llegué a seda desde hoja,
y sus oídos para mí son bronces.
¡Nadie creería, al verme en la morera,
que de un santo del tronco el traje fuera!

-Calle el necio ropaje,
pues le doy tanto honor -dijo la santa;
y cuide no me ultraje
la innoble cera con locura tanta.
¡Las parleras!... las muy... ¡Ave María!
¡Qué hay de común entre las tres? -seguía.

-¿No ven -les fue diciendo-
que hasta el mismo escultor que me ha labrado,
en acto reverendo
me tributa oblación con noble agrado? -
Y era verdad, que con amor profundo
hasta oraba el buen Juan. ¡Cosas del mundo!

Si empieza la existencia
los seres al nacer mostrando iguales,
en nuestra adolescencia
ya veis que unos son seres celestiales,
ante los cuales los demás oramos.
¿Mas cual de todos será el fin? Veamos.

Tercera parte

A la vela inflamada,
-llega -dijo el vestido, -hermana mía,
y nuestra suerte airada
será así igual hasta la tumba fría. -
Llegó la vela el labio enrojecido,
e inflamado a su luz ardió el vestido.

Crujió entonces la seda,
y arrojando las chispas a millares,
fue ardiendo en ígnea rueda
seda, blandón, imágenes y altares,
siendo al fin, calcinado su ornamento,
juguete vil del agitado viento.

¡Así en la humana vida,
si a unos el hado en ídolos convierte,
mientras que envilecida
la plebe es templo y luz... llega la muerte,
y confunde con barbaros ejemplos
aras, ídolos, luz, galas y templos!

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

